



Honoré de Balzac

La Muchacha de
los Ojos de Oro

E LEJANDRIA



Honoré de Balzac

La Muchacha de
los Ojos de Oro

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA MUCHACHA DE LOS OJOS DE ORO

HONORÉ DE BALZAC

PUBLICADO: 1833

FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: A. HOUSSIAUX, PARIS, 1855

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LA MUCHACHA DE LOS OJOS DE ORO

A EUGÈNE DELACROIX, PINTOR.

Uno de los espectáculos donde se encuentra el mayor espanto es, ciertamente, el aspecto general de la población parisina, un pueblo horrible de ver, demacrado, amarillento, curtido. ¿No es París un vasto campo incesantemente removido por una tempestad de intereses, bajo la cual se arremolina una cosecha de hombres que la muerte siega con más frecuencia que en otros lugares y que renacen siempre igual de apretados, cuyos rostros contrahechos, torcidos, exhalan por todos los poros el espíritu, los deseos, los venenos de los que están preñados sus cerebros; no rostros, sino más bien máscaras: máscaras de debilidad, máscaras de fuerza, máscaras de miseria, máscaras de alegría, máscaras de hipocresía; todas extenuadas, todas impregnadas de los signos imborrables de una jadeante avidez? ¿Qué quieren? ¿Oro o placer?

Algunas observaciones sobre el alma de París pueden explicar las causas de su fisonomía cadavérica, que no tiene más que dos edades, o la juventud o la caducidad: juventud desvaída y sin color, caducidad maquillada que quiere aparentar ser joven. Al ver a este pueblo exhumado, los extranjeros, que no están obligados a reflexionar, experimentan ante todo un movimiento de asco por esta capital, vasto taller de goce, de donde pronto ellos mismos no pueden salir, y se quedan para deformarse voluntariamente. Pocas palabras bastarán para justificar fisiológicamente el tinte casi infernal de los rostros parisinos, pues no solo en broma se ha llamado a París un infierno. Tened esta palabra por cierta. Allí, todo humea, todo

arde, todo brilla, todo bulle, todo llamea, se evapora, se apaga, se reaviva, centellea, chisporrotea y se consume. Jamás en ningún país la vida fue más ardiente ni más abrasadora. Esta naturaleza social siempre en fusión parece decirse después de cada obra terminada: «¡A otra!», como se lo dice la propia naturaleza. Como la naturaleza, esta naturaleza social se ocupa de insectos, de flores de un día, de bagatelas, de seres efímeros, y también arroja fuego y llama por su eterno cráter. Quizás, antes de analizar las causas que otorgan una fisonomía especial a cada tribu de esta nación inteligente y cambiante, se deba señalar la causa general que decolora, palidece, azulea y oscurece más o menos a los individuos.

A fuerza de interesarse por todo, el parisino acaba por no interesarse en nada. Al no dominar ningún sentimiento en su rostro desgastado por el roce, este se vuelve gris como el yeso de las casas que ha recibido toda clase de polvo y de humo. En efecto, indiferente la víspera a lo que le embriagará al día siguiente, el parisino vive como un niño sea cual sea su edad. Murmura de todo, se consuela de todo, se burla de todo, olvida todo, quiere todo, prueba todo, lo toma todo con pasión, lo deja todo con despreocupación; sus reyes, sus conquistas, su gloria, su ídolo, ya sea de bronce o de cristal; como arroja sus medias, sus sombreros y su fortuna. En París, ningún sentimiento resiste al torrente de las cosas, y su corriente obliga a una lucha que relaja las pasiones: el amor es allí un deseo y el odio un conato; allí no hay más pariente verdadero que el billete de mil francos, ni otro amigo que el Monte de Piedad. Este abandono general da sus frutos; y, en el salón como en la calle, nadie está de más, nadie es absolutamente útil ni absolutamente perjudicial: los tontos y los bribones tanto como la gente de ingenio o de probidad. Todo se tolera allí: el gobierno y la guillotina, la religión y el cólera. Siempre encajáis en este mundo, nunca faltáis en él. ¿Quién domina, pues, en este país sin costumbres, sin creencias, sin ningún sentimiento; pero de donde parten y adonde van a parar todos los sentimientos, todas las creencias y todas las costumbres? El oro y el placer. Tomad estas dos palabras como una luz y recorred esta gran jaula de yeso, esta

colmena de arroyos negros, y seguid en ella las sinuosidades de este pensamiento que la agita, la subleva, la trabaja. Ved. ¡Examinad primero el mundo que no tiene nada!

El obrero, el proletario, el hombre que mueve sus pies, sus manos, su lengua, su espalda, su único brazo, sus cinco dedos para vivir; pues bien, ese que, el primero, debería economizar el principio de su vida, sobrepasa sus fuerzas, unce a su mujer a alguna máquina, desgasta a su hijo y lo clava a un engranaje. El fabricante, ese no sé qué hilo secundario cuyo impulso agita a este pueblo que, con sus manos sucias, tornea y dora las porcelanas, cose los trajes y los vestidos, adelgaza el hierro, menudea la madera, teje el acero, solidifica el cáñamo y el hilo, satina los bronces, festonea el cristal, imita las flores, borda la lana, adiestra los caballos, trenza los arneses y los galones, recorta el cobre, pinta los coches, redondea los viejos olmos, vaporiza el algodón, sopla los tules, corroe el diamante, pule los metales, transforma en hojas el mármol, lame los guijarros, acicala el pensamiento, colorea, blanquea y ennegrece todo; pues bien, este subjefe ha venido a prometer a este mundo de sudor y de voluntad, de estudio y de paciencia, un salario excesivo, ya sea en nombre de los caprichos de la ciudad, ya sea a la voz del monstruo llamado Especulación. Entonces estos cuadrúmanos se han puesto a velar, a sufrir, a trabajar, a jurar, a ayunar, a marchar; todos se han excedido para ganar ese oro que los fascina. Luego, despreocupados del porvenir, ávidos de goces, contando con sus brazos como el pintor con su paleta, arrojan, grandes señores de un día, su dinero el lunes en las tabernas que forman un cerco de fango a la ciudad; cinturón de la más impúdica de las Venus, incesantemente plegado y desplegado, donde se pierde como en el juego la fortuna periódica de este pueblo, tan feroz en el placer como tranquilo en el trabajo. ¡Durante cinco días, pues, ningún reposo para esta parte activa de París! Se entrega a movimientos que la hacen contraerse, engrosar, enflaquecer, palidecer, brotar en mil chorros de voluntad creadora. Luego su placer, su reposo, es un lascivo desenfreno, de piel morena, negra de golpes, lívida de embriaguez o amarilla de indigestión, que no dura más que dos días,

pero que roba el pan del porvenir, la sopa de la semana, los vestidos de la mujer, los pañales del niño, todos hechos jirones. Estos hombres, nacidos sin duda para ser bellos, pues toda criatura tiene su belleza relativa, se han enrolado, desde la infancia, bajo el mando de la fuerza, bajo el reinado del martillo, de las cizallas, de la hilandería, y se han vulcanizado prontamente. Vulcano, con su fealdad y su fuerza, ¿no es acaso el emblema de esta nación fea y fuerte, sublime de inteligencia mecánica, paciente a sus horas, terrible un día por siglo, inflamable como la pólvora y preparada para el incendio revolucionario por el aguardiente, y, en fin, lo bastante ingeniosa como para prenderse fuego por una palabra capciosa que para ella significa siempre: oro y placer? Incluyendo a todos los que tienden la mano por una limosna, por salarios legítimos o por los cinco francos concedidos a todos los géneros de prostitución parisina, en fin, por todo dinero bien o mal ganado, este pueblo cuenta con trescientos mil individuos. Sin las tabernas, ¿no sería derrocado el gobierno todos los martes? Afortunadamente, el martes, este pueblo está entumecido, digiere su placer, no le queda un céntimo y vuelve al trabajo, al pan seco, estimulado por una necesidad de procreación material que, para él, se convierte en un hábito. Sin embargo, este pueblo tiene sus fenómenos de virtud, sus hombres completos, sus Napoleones desconocidos, que son el tipo de sus fuerzas llevadas a su más alta expresión y que resumen su alcance social en una existencia donde el pensamiento y el movimiento se combinan menos para arrojar alegría que para regularizar la acción del dolor.

El azar ha hecho a un obrero ahorrador, el azar lo ha gratificado con un pensamiento, ha podido echar una mirada al porvenir, ha encontrado una mujer, se ha visto padre, y tras algunos años de duras privaciones emprende un pequeño comercio de mercería, alquila una tienda. Si ni la enfermedad ni el vicio lo detienen en su camino, si ha prosperado, he aquí el esbozo de esta vida normal.

Y, primero, salud a este rey del movimiento parisino, que ha sometido el tiempo y el espacio. Sí, salud a esta criatura compuesta de salitre y de gas que da hijos a Francia durante sus

noches laboriosas y multiplica durante el día su individuo para el servicio, la gloria y el placer de sus conciudadanos. Este hombre resuelve el problema de bastar, a la vez, a una mujer amable, a su hogar, al Constitutionnel , a su oficina, a la Guardia Nacional, a la Ópera, a Dios; pero para transformar en escudos el Constitutionnel , la Oficina, la Ópera, la Guardia Nacional, la mujer y Dios. En fin, salud a un irreprochable pluriempleado. Levantado todos los días a las cinco, ha cruzado como un pájaro el espacio que separa su domicilio de la calle Montmartre. Hiciese viento o tronase, lloviese o nevase, está en el Constitutionnel y allí espera la carga de periódicos cuya distribución ha contratado. Recibe este pan político con avidez, lo toma y lo lleva. A las nueve, está en el seno de su hogar, suelta una pulla a su mujer, le roba un sonoro beso, degusta una taza de café o riñe a sus hijos. A las diez menos cuarto, aparece en el ayuntamiento. Allí, sentado en un sillón, como un loro en su percha, calentado por la ciudad de París, inscribe hasta las cuatro, sin dedicarles una lágrima o una sonrisa, los fallecimientos y los nacimientos de todo un distrito. La felicidad, la desdicha del barrio pasan por la punta de su pluma, como el espíritu del Constitutionnel viajaba antaño sobre sus hombros. ¡Nada le pesa! Va siempre de frente, toma su patriotismo ya hecho del periódico, no contradice a nadie, grita o aplaude con todo el mundo y vive como una golondrina. A dos pasos de su parroquia, puede, en caso de una ceremonia importante, dejar su puesto a un supernumerario e ir a cantar un réquiem en el atril de la iglesia, de la que es, los domingos y días de fiesta, el más bello ornamento, la voz más imponente, donde tuerce con energía su ancha boca haciendo tronar un gozoso Amén . Es cantor. Liberado a las cuatro de su servicio oficial, aparece para esparcir la alegría y el regocijo en el seno de la tienda más célebre que haya en la Cité. Feliz es su mujer, no tiene tiempo de ser celoso; es más hombre de acción que de sentimiento. Así, en cuanto llega, importuna a las dependientas del mostrador, cuyos vivos ojos atraen a muchos clientes; se regocija en medio de los adornos, los pañuelos, la muselina confeccionada por estas hábiles obreras; o, más a menudo aún, antes de cenar, atiende a un cliente, copia una página del diario o lleva al ujier algún efecto atrasado. A las seis,

cada dos días, es fiel a su puesto. Inamovible bajo de los coros, se encuentra en la Ópera, dispuesto a convertirse en soldado, árabe, prisionero, salvaje, campesino, sombra, pata de camello, león, diablo, genio, esclavo, eunuco negro o blanco, siempre experto en producir alegría, dolor, piedad, asombro, en lanzar gritos invariables, en callar, en cazar, en batirse, en representar Roma o Egipto; pero siempre, in petto , mercero. A medianoche, vuelve a ser buen marido, hombre, tierno padre, se desliza en el lecho conyugal, con la imaginación todavía tensa por las formas engañosas de las ninfas de la Ópera, y hace así que redunden, en provecho del amor conyugal, las depravaciones del mundo y los voluptuosos giros de pierna de la Taglioni. En fin, si duerme, duerme rápido, y despacha su sueño como ha despachado su vida. ¿No es el movimiento hecho hombre, el espacio encarnado, el proteo de la civilización? Este hombre lo resume todo: historia, literatura, política, gobierno, religión, arte militar. ¿No es una enciclopedia viviente, un atlas grotesco, sin cesar en marcha como París y que jamás descansa? En él todo son piernas. Ninguna fisonomía sabría conservarse pura en tales trabajos. Quizás el obrero que muere viejo a los treinta años, con el estómago curtido por las dosis progresivas de su aguardiente, será hallado, a decir de algunos filósofos bien rentados, más feliz de lo que es el mercero. El uno perece de un solo golpe y el otro al por menor. De sus ocho industrias, de sus hombros, de su garganta, de sus manos, de su mujer y de su comercio, este saca, como de otras tantas granjas, hijos, algunos miles de francos y la más laboriosa felicidad que jamás haya recreado corazón de hombre. Esta fortuna y estos hijos, o los hijos que lo resumen todo para él, se convierten en presa del mundo superior, al que lleva sus escudos y su hija, o su hijo educado en el colegio, quien, más instruido que su padre, eleva más alto sus miradas ambiciosas. A menudo, el hijo menor de un pequeño detallista quiere ser algo en el Estado.

Esta ambición introduce el pensamiento en la segunda de las esferas parisinas. Subid, pues, un piso e id al entresuelo; o descendad del desván y quedaos en el cuarto; en fin, penetrad en el mundo que tiene algo: allí, el mismo resultado. Los comerciantes al

por mayor y sus mozos, los empleados, la gente de la pequeña banca y de gran probidad, los bribones, las almas en pena, los primeros y los últimos dependientes, los pasantes del ujier, del procurador, del notario, en fin, los miembros activos, pensantes, especuladores de esta pequeña burguesía que tritura los intereses de París y vela por su grano, acapara los víveres, almacena los productos fabricados por los proletarios, embala los frutos del Mediodía, los pescados del Océano, los vinos de toda costa amada por el sol; que extiende las manos sobre Oriente, toma allí los chales desdeñados por los turcos y los rusos; va a cosechar hasta las Indias, se acuesta para esperar la venta, aspira al beneficio, descuenta los efectos, hace rodar y encaja todos los valores; embala al por menor París entero, lo transporta, acecha las fantasías de la infancia, espía los caprichos y los vicios de la edad madura, exprime sus enfermedades; pues bien, sin beber aguardiente como el obrero, ni sin ir a revolcarse en el fango de las barreras, todos exceden también sus fuerzas; tensando desmesuradamente su cuerpo y su moral, el uno por el otro; se resecan de deseos, se arruinan en carreras precipitadas. En ellos, la torsión física se cumple bajo el látigo de los intereses, bajo el azote de las ambiciones que atormentan a los mundos elevados de esta monstruosa ciudad, como la de los proletarios se ha cumplido bajo el cruel balancín de las elaboraciones materiales incesantemente deseadas por el despotismo del «quiero y mando» aristócrata. Allí también, pues, para obedecer a este amo universal, el placer o el oro, hay que devorar el tiempo, apremiar el tiempo, encontrar más de veinticuatro horas en el día y la noche, enervarse, matarse, vender treinta años de vejez por dos años de un reposo enfermizo. Solo que el obrero muere en el hospital, cuando su último término de encanijamiento se ha operado, mientras que el pequeño burgués persiste en vivir y vive, pero cretinizado: lo encontráis con la cara gastada, plana, vieja, sin brillo en los ojos, sin firmeza en la pierna, arrastrándose con aire alelado por el bulevar, el cinturón de su Venus, de su ciudad querida. ¿Qué quería el burgués? El mechero del guardia nacional, un inmutable cocido, un lugar decente en el Père-Lachaise, y para su vejez un poco de oro legítimamente ganado. Su lunes, para él, es el

domingo; su reposo es el paseo en coche de alquiler, la excursión al campo, durante la cual mujer e hijos tragan alegremente polvo o se tuestan al sol; su barrera es el restaurador cuya venenosa cena tiene renombre, o algún baile familiar donde se asfixian hasta medianoche. Ciertos necios se asombran del baile de San Vito que aqueja a las mónadas que el microscopio hace percibir en una gota de agua, pero ¿qué diría el Gargantúa de Rabelais, figura de una sublime audacia incomprensible, qué diría ese gigante, caído de las esferas celestes, si se divertiera contemplando el movimiento de esta segunda vida parisina, de la cual he aquí una de las fórmulas? ¿Habéis visto esos pequeños tenderetes, fríos en verano, sin otro hogar que un brasero en invierno, situados bajo la vasta cúpula de cobre que corona el mercado de grano? La señora está allí desde la mañana, es comisionista en los mercados y gana con este oficio doce mil francos al año, según dicen. El señor, cuando la señora se levanta, pasa a un sombrío gabinete, donde presta a la pequeña semana, a los comerciantes de su barrio. A las nueve, se encuentra en la oficina de pasaportes, de la que es uno de los jefes. Por la noche, está en la caja del Théâtre-Italien, o de cualquier otro teatro que os plazca elegir. Los hijos son puestos con una nodriza, y vuelven para ir al colegio o a un internado. El señor y la señora viven en un tercer piso, no tienen más que una cocinera, dan bailes en un salón de doce pies por ocho, e iluminado por quinqués; pero dan ciento cincuenta mil francos a su hija, y se retiran a los cincuenta años, edad a la que comienzan a aparecer en los terceros palcos de la Ópera, en un fiacre en Longchamp, o con un atuendo desvaído, todos los días de sol, en los bulevares, el emparrado de estas fructificaciones. Estimados en el barrio, amados por el gobierno, emparentados con la alta burguesía, el señor obtiene a los sesenta y cinco años la cruz de la Legión de Honor, y el padre de su yerno, alcalde de un distrito, lo invita a sus veladas. Estos trabajos de toda una vida aprovechan, pues, a unos hijos que esta pequeña burguesía tiende fatalmente a elevar hasta la alta. Cada esfera arroja así toda su freza a su esfera superior. El hijo del rico especiero se hace notario, el hijo del maderero se convierte en magistrado. Ni

un solo diente deja de morder su ranura, y todo estimula el movimiento ascensional del dinero.

Henos aquí, pues, llevados al tercer círculo de este infierno, que, quizás un día, tendrá su Dante. En este tercer círculo social, especie de vientre parisino, donde se digieren los intereses de la ciudad y donde se condensan bajo la forma llamada «negocios», se remueve y se agita por un acre y bilioso movimiento intestinal, la multitud de procuradores, médicos, notarios, abogados, hombres de negocios, banqueros, grandes comerciantes, especuladores, magistrados. Allí se encuentran aún más causas para la destrucción física y moral que en cualquier otro lugar. Esta gente vive, casi toda, en infectos estudios, en salas de audiencia apestadas, en pequeños gabinetes enrejados, pasan el día curvados bajo el peso de los asuntos, se levantan desde el alba para estar preparados, para no dejarse desvalijar, para ganarlo todo o para no perder nada, para apresar a un hombre o su dinero, para armar o desarmar un negocio, para sacar partido de una circunstancia fugitiva, para hacer ahorcar o absolver a un hombre. Repercuten en los caballos, los revientan, los sobrecargan, les envejecen también a ellos las patas antes de tiempo. El tiempo es su tirano, les falta, se les escapa; no pueden ni extenderlo ni acortarlo. ¿Qué alma puede permanecer grande, pura, moral, generosa, y consecuentemente, qué rostro permanece bello en el depravador ejercicio de un oficio que obliga a soportar el peso de las miserias públicas, a analizarlas, pesarlas, estimarlas, ponerlas en explotación regulada? Esta gente deposita su corazón, ¿dónde?... no lo sé; pero lo dejan en alguna parte, cuando tienen uno, antes de descender todas las mañanas al fondo de las penas que punzan a las familias. Para ellos, no hay misterios, ven el reverso de la sociedad, de la que son los confesores, y la desprecian. Ahora bien, hagan lo que hagan, a fuerza de medirse con la corrupción, la aborrecen y se entristecen; o por hastío, por transacción secreta, la desposan; en fin, necesariamente, se hastían de todos los sentimientos, ellos a quienes las leyes, los hombres, las instituciones hacen volar como grajos sobre los cadáveres aún calientes. A toda hora, el hombre de dinero pesa a los vivos, el hombre de los

contratos pesa a los muertos, el hombre de ley pesa la conciencia. Obligados a hablar sin cesar, todos reemplazan la idea por la palabra, el sentimiento por la frase, y su alma se convierte en una laringe. Se desgastan y se desmoralizan. Ni el gran negociante, ni el juez, ni el abogado conservan su recto sentido: ya no sienten, aplican las reglas que falsean los casos particulares. Arrastrados por su existencia torrencial, no son ni esposos, ni padres, ni amantes; se deslizan a la rastra sobre las cosas de la vida, y viven a toda hora, empujados por los asuntos de la gran ciudad. Cuando regresan a casa, se les requiere para ir al baile, a la Ópera, a las fiestas donde van a conseguir clientes, conocidos, protectores. Todos comen desmesuradamente, juegan, velan, y sus rostros se redondean, se aplanan, se enrojecen. A tan terribles gastos de fuerzas intelectuales, a contracciones morales tan multiplicadas, oponen no el placer, que es demasiado pálido y no produce ningún contraste, sino el libertinaje, libertinaje secreto, espantoso, pues pueden disponer de todo y dictan la moral de la sociedad. Su estupidez real se esconde bajo una ciencia especial. Saben su oficio, pero ignoran todo lo que no pertenece a él. Entonces, para salvar su amor propio, lo ponen todo en tela de juicio, critican a tontas y a locas; parecen escépticos y son en realidad papanatas, ahogan su ingenio en sus interminables discusiones. Casi todos adoptan cómodamente los prejuicios sociales, literarios o políticos para dispensarse de tener una opinión; del mismo modo que ponen sus conciencias al abrigo del código o del tribunal de comercio. Partidos de buena hora para ser hombres notables, se vuelven mediocres y reptan por las cumbres del mundo. Así, sus rostros ofrecen esa palidez agria, esas coloraciones falsas, esos ojos deslucidos, ojerosos, esas bocas parlanchinas y sensuales donde el observador reconoce los síntomas del envilecimiento del pensamiento y su rotación en el circo de una especialidad que mata las facultades generativas del cerebro, el don de ver en grande, de generalizar y de deducir. Casi todos se encogen en la fragua de los negocios. Así, jamás un hombre que se ha dejado atrapar en las conmociones o en el engranaje de estas inmensas máquinas puede llegar a ser grande. Si es médico, o ha practicado poco la medicina, o es una excepción, un Bichat que muere joven.

Si, gran negociante, queda algo, es casi un Jacques Cœur. ¿Ejerció Robespierre? Danton era un perezoso que esperaba. Pero, por lo demás, ¿quién ha envidiado alguna vez los rostros de Danton y de Robespierre, por soberbios que puedan ser? Estos atareados por excelencia atraen hacia sí el dinero y lo amontonan para aliarse con las familias aristocráticas. Si la ambición del obrero es la del pequeño burgués, aquí, las mismas pasiones todavía. En París, la vanidad resume todas las pasiones. El tipo de esta clase sería o el burgués ambicioso, que, tras una vida de angustias y de maniobras continuas, pasa al Consejo de Estado como una hormiga pasa por una rendija; o algún redactor de periódico, avezado en intrigas, a quien el rey hace Par de Francia, quizás para vengarse de la nobleza; o algún notario convertido en alcalde de su distrito, toda gente laminada por los negocios y que, si llegan a su meta, llegan muertos. En Francia, la costumbre es entronizar la peluca. Napoleón, Luis XIV, los grandes reyes, solo ellos han querido siempre a jóvenes para llevar a cabo sus designios.

Por encima de esta esfera vive el mundo artista. Pero allí también, los rostros, marcados con el sello de la originalidad, están noblemente quebrados, pero quebrados, fatigados, sinuosos. Excedidos por una necesidad de producir, superados por sus costosas fantasías, cansados por un genio devorador, hambrientos de placer, los artistas de París quieren todos recuperar mediante trabajos excesivos las lagunas dejadas por la pereza, y buscan vanamente conciliar el mundo y la gloria, el dinero y el arte. Al comenzar, el artista está incesantemente jadeante bajo el acreedor; sus necesidades engendran las deudas, y sus deudas le piden sus noches. Después del trabajo, el placer. El comediante actúa hasta medianoche, estudia por la mañana, ensaya a mediodía; el escultor se doblega bajo su estatua; el periodista es un pensamiento en marcha como el soldado en guerra; el pintor de moda está abrumado de trabajo, el pintor sin ocupación se roe las entrañas si se siente un hombre de genio. La competencia, las rivalidades, las calumnias asesinan a estos talentos. Unos, desesperados, ruedan en los abismos del vicio, otros mueren jóvenes e ignorados por haberse

descontado demasiado pronto su porvenir. Pocos de estos rostros, primitivamente sublimes, permanecen bellos. Por lo demás, la belleza flamígera de sus cabezas permanece incomprendida. Un rostro de artista es siempre exorbitante, se encuentra siempre por encima o por debajo de las líneas convenidas para lo que los imbéciles llaman el «bello ideal». ¿Qué poder los destruye? La pasión. Toda pasión en París se resuelve en dos términos: oro y placer.

Ahora, ¿no respiráis? ¿No sentís el aire y el espacio purificados? Aquí, ni trabajos ni penas. La voluta giratoria del oro ha alcanzado las cumbres. Desde el fondo de los respiraderos donde comienzan sus regueros, desde el fondo de las tiendas donde lo detienen miséras ataguías, del seno de los mostradores y de las grandes oficinas donde se deja poner en barras, el oro, en forma de dotes o de sucesiones, traído por la mano de las jóvenes o por las manos huesudas del anciano, brota hacia la gente aristocrática donde va a relucir, a extenderse, a fluir. Pero antes de abandonar los cuatro terrenos sobre los que se apoya la alta propiedad parisina, ¿no es menester, después de dichas las causas morales, deducir las causas físicas, y hacer observar una peste, por así decir subyacente, que constantemente actúa sobre los rostros del portero, del tendero, del obrero; señalar una deletérea influencia cuya corrupción iguala a la de los administradores parisinos que la dejan complacientemente subsistir? Si el aire de las casas donde viven la mayoría de los burgueses es infecto, si la atmósfera de las calles escupe miasmas crueles en trastiendas donde el aire se enrarece; sabed que, además de esta pestilencia, las cuarenta mil casas de esta gran ciudad bañan sus pies en inmundicias que el poder no ha querido todavía seriamente cercar con muros de hormigón que pudieran impedir que el más fétido lodo se filtrara a través del suelo, envenenara allí los pozos y continuara subterráneamente dando a Lutecia su célebre nombre. La mitad de París duerme en las pútridas exhalaciones de los patios, de las calles y de las letrinas. Pero abordemos los grandes salones aireados y dorados, los palacetes con jardines, el mundo rico, ocioso, feliz, rentista. Los rostros allí están marchitos y

corroídos por la vanidad. Nada de real. ¿Buscar el placer no es encontrar el tedio? La gente de mundo ha agotado tempranamente su naturaleza. Al no estar ocupados más que en fabricarse alegría, han abusado prontamente de sus sentidos, como el obrero abusa del aguardiente. El placer es como ciertas sustancias médicas: para obtener constantemente los mismos efectos, hay que doblar las dosis, y la muerte o el embrutecimiento están contenidos en la última. Todas las clases inferiores están agazapadas ante los ricos y acechan sus gustos para convertirlos en vicios y explotarlos. ¿Cómo resistir a las hábiles seducciones que se traman en este país? Así, París tiene sus theriakis, para quienes el juego, la gastrolatría o la cortesana son un opio. Así veis tempranamente en esa gente gustos y no pasiones, fantasías novelescas y amores frioleros. Allí reina la impotencia; allí no hay más ideas, han pasado como la energía a las pamplinas del tocador, a las monerías femeninas. Hay mequetrefes de cuarenta años, viejos doctores de dieciséis. Los ricos encuentran en París ingenio ya hecho, ciencia ya masticada, opiniones ya formuladas que les dispensan de tener ingenio, ciencia u opinión. En este mundo, la sinrazón es igual a la debilidad y al libertinaje. Se es avaro de tiempo a fuerza de perderlo. No busquéis allí más afectos que ideas. Los abrazos cubren una profunda indiferencia, y la cortesía un desprecio continuo. Nunca se ama allí al prójimo. Agudezas sin profundidad, muchas indiscreciones, chismes, por encima de todo lugares comunes; tal es el fondo de su lenguaje; pero estos desdichados «Felices» pretenden que no se reúnen para decir y hacer máximas a la manera de La Rochefoucauld; como si no existiera un término medio, encontrado por el siglo XVIII, entre la plenitud y el vacío absoluto. Si algunos hombres válidos usan una broma fina y ligera, es incomprendida; pronto, cansados de dar sin recibir, se quedan en casa y dejan reinar a los tontos en su terreno. Esta vida hueca, esta espera continua de un placer que no llega nunca, este tedio permanente, esta inanidad de espíritu, de corazón y de cerebro, este cansancio del gran «raoût» parisino se reproducen en los rasgos, y confeccionan esos rostros de cartón, esas arrugas prematuras, esa fisonomía de los ricos donde gesticula

la impotencia, donde se refleja el oro, y de donde la inteligencia ha huido.

Esta visión del París moral prueba que el París físico no podría ser de otra manera de la que es. Esta ciudad con diadema es una reina que, siempre encinta, tiene antojos irresistiblemente furiosos. París es la cabeza del globo, un cerebro que revienta de genio y conduce la civilización humana, un gran hombre, un artista incesantemente creador, un político con segunda vista que debe necesariamente tener las arrugas del cerebro, los vicios del gran hombre, las fantasías del artista y los hastíos del político. Su fisonomía sobreentiende la germinación del bien y del mal, el combate y la victoria; la batalla moral del 89 cuyas trompetas resuenan todavía en todos los rincones del mundo; y también el abatimiento de 1814. Esta ciudad no puede, pues, ser más moral, ni más cordial, ni más limpia de lo que es la caldera motriz de esos magníficos vapores que admirais surcando las olas. ¿No es París un sublime navío cargado de inteligencia? Sí, sus armas son uno de esos oráculos que se permite a veces la fatalidad. La Ciudad de París tiene su mástil mayor todo de bronce, esculpido con victorias, y por vigía a Napoleón. Esta nave tiene bien su cabeceo y su balanceo; pero surca el mundo, hace fuego por las cien bocas de sus tribunas, labra los mares científicos, navega en ellos a toda vela, grita desde lo alto de sus galias por la voz de sus sabios y de sus artistas: «¡Adelante, marchad! ¡Seguidme!». Lleva una tripulación inmensa que se complace en engalanarla con nuevas banderolas. Son grumetes y pilluelos riendo en las jarcias; lastre de pesada burguesía; obreros y marineros alquitranados; en sus camarotes, los felices pasajeros; elegantes guardiamarinas fuman sus cigarros, inclinados sobre la batayola; luego sobre el tillado, sus soldados, innovadores o ambiciosos, van a abordar todas las orillas, y, mientras esparcen allí vivos fulgores, piden gloria que es un placer, o amores que quieren oro.

Así pues, el movimiento exorbitante de los proletarios, la depravación de los intereses que trituran a las dos burguesías, las crueldades del pensamiento artista y los excesos del placer

incesantemente buscado por los grandes, explican la fealdad normal de la fisonomía parisina. Solo en Oriente la raza humana ofrece un busto magnífico; pero es un efecto de la calma constante que afectan estos profundos filósofos de larga pipa, de piernas cortas, de torsos cuadrados, que desprecian el movimiento y lo tienen en horror; mientras que en París, Pequeños, Medianos y Grandes corren, saltan y cabriolean, azotados por una diosa implacable, la Necesidad: necesidad de dinero, de gloria o de diversión. Así, cualquier rostro fresco, reposado, gracioso, verdaderamente joven es allí la más extraordinaria de las excepciones: rara vez se encuentra. Si veis uno, seguramente pertenece: a un eclesiástico joven y ferviente, o a algún buen abate cuarentón, de triple papada; a una joven de costumbres puras como las que se crían en ciertas familias burguesas; a una madre de veinte años, todavía llena de ilusiones y que amamanta a su primogénito; a un joven recién llegado de provincias, y confiado a una viuda devota que lo deja sin un céntimo; o quizás a algún mozo de tienda, que se acuesta a medianoche, bien cansado de haber plegado o desplegado percal, y que se levanta a las siete para arreglar el escaparate; o a menudo a un hombre de ciencia o de poesía, que vive monásticamente en buena fortuna con una bella idea, que permanece sobrio, paciente y casto; o a algún tonto, contento de sí mismo, nutriéndose de estupidez, rebosante de salud, siempre ocupado en sonreírse a sí mismo; o a la feliz y muelle especie de los paseantes ociosos, la única gente realmente feliz en París, y que degustan a cada hora sus cambiantes poesías. Sin embargo, hay en París una porción de seres privilegiados a los que aprovecha este movimiento excesivo de las fabricaciones, de los intereses, de los negocios, de las artes y del oro. Estos seres son las mujeres. Aunque ellas también tengan mil causas secretas que, allí más que en ninguna otra parte, destruyen su fisonomía, se encuentran, en el mundo femenino, pequeñas poblaciones felices que viven a la oriental, y pueden conservar su belleza; pero estas mujeres rara vez se muestran a pie por las calles, permanecen escondidas, como plantas raras que no despliegan sus pétalos más que a ciertas horas, y que constituyen verdaderas excepciones exóticas. No obstante, París es esencialmente también

el país de los contrastes. Si los sentimientos verdaderos son raros allí, también se encuentran, allí como en otros lugares, nobles amistades, abnegaciones sin límites. En este campo de batalla de los intereses y de las pasiones, al igual que en medio de estas sociedades en marcha donde triunfa el egoísmo, donde cada uno está obligado a defenderse solo, y que llamamos «ejércitos», parece que los sentimientos se complacen en ser completos cuando se muestran, y son sublimes por yuxtaposición. Así ocurre con los rostros. En París, a veces, en la alta aristocracia, se ven, diseminados, algunos rostros encantadores de jóvenes, frutos de una educación y de costumbres del todo excepcionales. A la juvenil belleza de la sangre inglesa unen la firmeza de los rasgos meridionales, el ingenio francés, la pureza de la forma. El fuego de sus ojos, un delicioso rubor en los labios, el negro lustroso de su fina cabellera, una tez blanca, un corte de rostro distinguido los convierten en bellas flores humanas, magníficas de ver sobre la masa de las otras fisonomías, deslucidas, avejentadas, ganchudas, gesticulantes. Así, las mujeres admiran enseguida a estos jóvenes con ese placer ávido que sienten los hombres al mirar a una persona bonita, decente, graciosa, decorada con todas las virginidades con las que nuestra imaginación se complace en embellecer a la muchacha perfecta. Si esta ojeada rápidamente lanzada sobre la población de París ha hecho concebir la rareza de un rostro rafaelesco, y la admiración apasionada que debe inspirar a primera vista, el interés principal de nuestra historia se encontrará justificado. Quod erat demonstrandum, lo que quedaba por demostrar, si es lícito aplicar las fórmulas de la escolástica a la ciencia de las costumbres.

Ahora bien, en una de esas hermosas mañanas de primavera, en que las hojas aún no son verdes, aunque están desplegadas; en que el sol comienza a hacer llamear los tejados y el cielo es azul; en que la población parisina sale de sus alvéolos, viene a zumbir por los bulevares, fluye como una serpiente de mil colores por la rue de la Paix hacia las Tullerías, saludando las pompas del himeneo que la campaña reanuda; en uno de esos días alegres, pues, un joven, tan

bello como lo era el día de aquel día, vestido con gusto, desenvuelto en sus maneras (digamos el secreto), un hijo del amor, el hijo natural de lord Dudley y de la célebre marquesa de Vordac, se paseaba por la gran avenida de las Tullerías. Este Adonis, llamado Henri de Marsay, nació en Francia, donde lord Dudley vino a casar a la joven, ya madre de Henri, con un viejo hidalgo llamado monsieur de Marsay. Este pálido y casi extinguido lepidóptero reconoció al niño como suyo, a cambio del usufructo de una renta de cien mil francos definitivamente atribuida a su hijo putativo; locura que no costó muy cara a lord Dudley: las rentas francesas valían entonces diecisiete francos con cincuenta céntimos. El viejo hidalgo murió sin haber conocido a su mujer. Madame de Marsay se casó después con el marqués de Vordac; pero, antes de convertirse en marquesa, se preocupó poco de su hijo y de lord Dudley. Primero, la guerra declarada entre Francia e Inglaterra había separado a los dos amantes, y la fidelidad «a toda costa» no estaba ni estará de moda en París. Luego, los éxitos de la mujer elegante, bonita, universalmente adorada, aturdieron en la parisina el sentimiento maternal. Lord Dudley no fue más cuidadoso de su prole que lo fue la madre. La pronta infidelidad de una joven ardientemente amada le dio quizás una especie de aversión por todo lo que venía de ella. Además, quizás también, los padres no aman más que a los hijos con los que han tenido un amplio conocimiento; creencia social de la más alta importancia para el reposo de las familias, y que deben mantener todos los solteros, probando que la paternidad es un sentimiento cultivado en invernadero por la mujer, por las costumbres y las leyes.

El pobre Henri de Marsay no encontró más padre que en aquel de los dos que no estaba obligado a serlo. La Paternidad de monsieur de Marsay fue naturalmente muy incompleta. Los hijos, en el orden natural, no tienen padre más que durante pocos momentos; y el hidalgo imitó a la naturaleza. El buen hombre no habría vendido su nombre si no hubiera tenido vicios. Entonces comió sin remordimientos en los garitos, y bebió en otros lugares los pocos semestres que el tesoro nacional pagaba a los rentistas. Luego

entregó al niño a una vieja hermana, una señorita de Marsay, que lo cuidó mucho, y le dio, con la magra pensión asignada por su hermano, un preceptor, un abate sin un céntimo, que calibró el porvenir del joven y resolvió pagarse, sobre los cien mil libras de renta, los cuidados dados a su pupilo, al que tomó afecto. Este preceptor resultó ser por casualidad un verdadero sacerdote, uno de esos eclesiásticos tallados para convertirse en cardenales en Francia o Borgia bajo la tiara. En tres años enseñó al niño lo que le habrían enseñado en diez años en el colegio. Luego este gran hombre, llamado el abate de Maronis, completó la educación de su alumno haciéndole estudiar la civilización en todas sus facetas: lo nutrió de su experiencia, lo arrastró muy poco por las iglesias, entonces cerradas; lo paseó algunas veces por los camerinos, más a menudo por casa de las cortesanas; le desmontó los sentimientos humanos pieza por pieza; le enseñó la política en el corazón de los salones donde entonces se cocía; le numeró las máquinas del gobierno, e intentó, por amistad hacia una bella naturaleza abandonada, pero rica en esperanza, reemplazar virilmente a la madre: ¿no es la Iglesia la madre de los huérfanos? El alumno respondió a tantos cuidados. Este digno hombre murió obispo en 1812, con la satisfacción de haber dejado bajo el cielo a un niño cuyo corazón y espíritu estaban a los dieciséis años tan bien formados, que podía dar veinte vueltas a un hombre de cuarenta. ¿Quién habría esperado encontrar un corazón de bronce, un cerebro alcoholizado bajo las apariencias más seductoras que los viejos pintores, esos artistas ingenuos, dieron a la serpiente en el paraíso terrenal? Y eso no es todo. Además, el buen diablo violeta había hecho que su hijo predilecto hiciera ciertos conocidos en la alta sociedad de París que podían equivaler, como producto, en manos del joven, a otras cien mil libras de renta. En fin, este sacerdote, vicioso pero político, incrédulo pero sabio, pérfido pero amable, débil en apariencia pero tan vigoroso de cabeza como de cuerpo, fue tan realmente útil a su alumno, tan complaciente con sus vicios, tan buen calculador de toda especie de fuerza, tan profundo cuando había que hacer alguna cuenta humana, tan joven en la mesa, en Frascati, en... no sé dónde, que el agradecido Henri de Marsay ya no se enterneecía

mucho, en 1814, más que al ver el retrato de su querido obispo, única cosa mobiliaria que pudo legarle este prelado, admirable tipo de los hombres cuyo genio salvará a la Iglesia católica, apostólica y romana, comprometida en este momento por la debilidad de sus reclutas y por la vejez de sus pontífices; pero así lo quiere la Iglesia. La guerra continental impidió al joven de Marsay conocer a su verdadero padre, de quien es dudoso que supiera el nombre. Niño abandonado, no conoció tampoco a madame de Marsay. Naturalmente, lamentó muy poco a su padre putativo. En cuanto a la señorita de Marsay, su única madre, le hizo erigir en el cementerio del Père-Lachaise, cuando ella murió, una muy bonita y pequeña tumba. Monseñor de Maronis había garantizado a esta vieja cofia uno de los mejores lugares en el cielo, de suerte que, viéndola feliz de morir, Henri le dio lágrimas egoístas, se puso a llorarla por sí mismo. Viendo este dolor, el abate secó las lágrimas de su alumno, haciéndole observar que la buena mujer tomaba su tabaco de rapé de forma muy asquerosa, y se volvía tan fea, tan sorda, tan aburrida, que debía dar las gracias a la muerte. El obispo había hecho emancipar a su alumno en 1811. Luego, cuando la madre de monsieur de Marsay se volvió a casar, el sacerdote eligió, en un consejo de familia, a uno de esos honrados acéfalos seleccionados por él desde el confesonario, y le encargó administrar la fortuna, cuyos ingresos aplicaba bien a las necesidades de la comunidad, pero cuyo capital quería conservar.

Hacia finales de 1814, Henri de Marsay no tenía, pues, en la tierra ningún sentimiento obligatorio y se encontraba tan libre como el pájaro sin compañera. Aunque tenía veintidós años cumplidos, apenas aparentaba diecisiete. Generalmente, los más difíciles de sus rivales lo consideraban el muchacho más guapo de París. De su padre, lord Dudley, había tomado los ojos azules más amorosamente engañosos; de su madre, los cabellos negros más espesos; de ambos, una sangre pura, una piel de jovencita, un aire dulce y modesto, una talla fina y aristocrática, unas manos muy bellas. Para una mujer, verlo era volverse loca por él; ¿sabéis? concebir uno de esos deseos que muerden el corazón, pero que se olvidan por la

imposibilidad de satisfacerlo, porque la mujer en París es vulgarmente poco tenaz. Pocas de ellas se dicen a la manera de los hombres el «Je maintiendrai» de la casa de Orange. Bajo este frescor de vida, y a pesar del agua límpida de sus ojos, Henri tenía un coraje de león, una destreza de mono. Cortaba una bala a diez pasos en el filo de un cuchillo, montaba a caballo de manera que hacía realidad la fábula del centauro; conducía con gracia un coche de cuatro caballos; era ágil como Querubín y tranquilo como un cordero; pero sabía vencer a un hombre del arrabal en el terrible juego de la savate o del bastón; además, tocaba el piano de manera que podría haberse hecho artista si caía en la desgracia, y poseía una voz que le habría valido de Barbaja cincuenta mil francos por temporada. ¡Ay! todas estas bellas cualidades, estos bonitos defectos estaban empañados por un vicio espantoso: no creía ni en los hombres ni en las mujeres, ni en Dios ni en el diablo. La caprichosa naturaleza había comenzado a dotarlo; un sacerdote lo había rematado.

Para hacer comprensible esta aventura, es necesario añadir aquí que lord Dudley encontró naturalmente a muchas mujeres dispuestas a sacar algunos ejemplares de tan delicioso retrato. Su segunda obra maestra en este género fue una joven llamada Euphémie, nacida de una dama española, criada en La Habana, traída a Madrid con una joven criolla de las Antillas, con los gustos ruinosos de las colonias; pero afortunadamente casada con un viejo y poderosamente rico señor español, don Hijos, marqués de San-Réal, quien, desde la ocupación de España por las tropas francesas, había venido a vivir a París y residía en la rue Saint-Lazare. Tanto por despreocupación como por respeto a la inocencia de la joven edad, lord Dudley no avisó a sus hijos de los parentescos que les creaba por todas partes. Este es un ligero inconveniente de la civilización, tiene tantas ventajas que hay que perdonarle sus desgracias en favor de sus beneficios. Lord Dudley, para no hablar más de él, vino, en 1816, a refugiarse en París, para evitar las persecuciones de la justicia inglesa, que, de Oriente, no protege más que la mercancía. El lord viajero preguntó quién era ese apuesto

joven al ver a Henri. Luego, al oírle nombrar: «¡Ah! Es mi hijo. ¡Qué desgracia!», dijo.

Tal era la historia del joven que, hacia mediados del mes de abril de 1815, recorría con indolencia la gran avenida de las Tullerías, a la manera de todos los animales que, conociendo sus fuerzas, caminan en su paz y su majestad; las burguesas se volvían con toda ingenuidad para volver a verlo, las mujeres no se volvían, lo esperaban al regreso y grababan en su memoria, para recordarla a propósito, esa suave figura que no habría desentonado en el cuerpo de la más bella de ellas.

—¿Qué haces aquí un domingo? —le dijo a Henri el marqués de Ronquerolles al pasar.

—Hay peces en la red —respondió el joven.

Este intercambio de pensamientos se hizo por medio de dos miradas significativas y sin que ni Ronquerolles ni de Marsay aparentaran conocerse. El joven examinaba a los paseantes, con esa prontitud de vista y de oído particular del parisino que parece, a primera vista, no ver nada y no oír nada, pero que lo ve y lo oye todo. En ese momento, un joven se le acercó, le tomó familiarmente del brazo, diciéndole: —¿Cómo va eso, mi buen de Marsay?

—Pues muy bien —le respondió de Marsay con ese aire afectuoso en apariencia, pero que entre los jóvenes parisinos no prueba nada, ni para el presente ni para el porvenir.

En efecto, los jóvenes de París no se parecen a los jóvenes de ninguna otra ciudad. Se dividen en dos clases: el joven que tiene algo, y el joven que no tiene nada; o el joven que piensa y el que gasta. Pero entendedlo bien, aquí no se trata más que de esos nativos que llevan en París el delicioso tren de una vida elegante. Existen también algunos otros jóvenes, pero esos son niños que conciben muy tarde la existencia parisina y siguen siendo sus víctimas. No especulan, estudian, hincan los codos, dicen los otros. En fin, se ven aún ciertos jóvenes, ricos o pobres, que abrazan carreras y las siguen con sencillez; son un poco el Emilio de

Rousseau, carne de ciudadano, y nunca aparecen en sociedad. Los diplomáticos los llaman impolíticamente «papanatas». Papanatas o no, aumentan el número de esa gente mediocre bajo cuyo peso se doblega Francia. Siempre están ahí; siempre dispuestos a estropear los asuntos públicos o particulares, con la llana paleta de la mediocridad, jactándose de su impotencia, que llaman moral y probidad. Estas especies de «Premios de Excelencia» sociales infestan la administración, el ejército, la magistratura, las cámaras, la corte. Empequeñecen, aplanan el país y constituyen en cierto modo en el cuerpo político una linfa que lo sobrecarga y lo vuelve fofo. Estas «personas honradas» llaman a la gente de talento inmorales o bribones. Si estos bribones hacen pagar sus servicios, al menos sirven; mientras que aquellos perjudican y son respetados por la multitud; pero afortunadamente para Francia, la juventud elegante los estigmatiza sin cesar con el nombre de «carcamales».

Así pues, a primera vista, es natural creer muy distintas las dos especies de jóvenes que llevan una vida elegante; amable corporación a la que pertenecía Henri de Marsay. Pero los observadores que no se detienen en la superficie de las cosas pronto se convencen de que las diferencias son puramente morales, y que nada es tan engañoso como esa bonita corteza. Sin embargo, todos se imponen igualmente a todo el mundo; hablan, a tontas y a locas, de cosas, de hombres, de literatura, de bellas artes; tienen siempre en la boca el «Pitt y Coburgo» de cada año; interrumpen una conversación con un juego de palabras; ridiculizan la ciencia y al sabio; desprecian todo lo que no conocen o todo lo que temen; luego se ponen por encima de todo, instituyéndose jueces supremos de todo. Todos engañarían a sus padres, y estarían dispuestos a verter en el seno de sus madres lágrimas de cocodrilo; pero generalmente no creen en nada, hablan mal de las mujeres, o fingen modestia, y obedecen en realidad a una mala cortesana, o a alguna mujer vieja. Todos están igualmente carcomidos hasta los huesos por el cálculo, por la depravación, por una brutal ansia de medrar, y si se les amenaza con la piedra, al sondearlos se la encontraría a todos en el corazón. En estado normal, tienen las más bonitas

apariencias, ponen la amistad en juego a cada momento, son igualmente atrayentes. La misma burla domina sus cambiantes jergas; aspiran a la extravagancia en sus atuendos, se glorían de repetir las estupideces de tal o cual actor de moda, y debutan con quien sea con el desprecio o la impertinencia para tener en cierto modo la primera mano en este juego; pero ¡ay de quien no sabe dejarse sacar un ojo para sacarles dos a ellos! Parecen igualmente indiferentes a las desgracias de la patria y a sus azotes. Se parecen, en fin, todos a la bonita espuma blanca que corona la ola de las tempestades. Se visten, cenan, bailan, se divierten el día de la batalla de Waterloo, durante el cólera o durante una revolución. En fin, todos hacen el mismo gasto; pero aquí comienza el paralelo. De esta fortuna flotante y agradablemente derrochada, unos tienen el capital, y los otros lo esperan; tienen los mismos sastres, pero las facturas de aquellos están por pagar. Luego, si unos, semejantes a cribas, reciben toda especie de ideas, sin guardar ninguna; aquellos las comparan y se asimilan todas las buenas. Si estos creen saber algo, no saben nada y lo comprenden todo; prestan todo a los que no necesitan nada y no ofrecen nada a los que necesitan algo; aquellos estudian secretamente los pensamientos ajenos, y colocan su dinero, así como sus locuras, a un alto interés. Unos ya no tienen impresiones fieles, porque su alma, como un espejo deslustrado por el uso, ya no refleja ninguna imagen; los otros economizan sus sentidos y su vida, aunque parezca que la arrojan, como aquellos, por las ventanas. Los primeros, confiando en una esperanza, se dedican sin convicción a un sistema que tiene el viento a favor y remonta la corriente, pero saltan a otra embarcación política cuando la primera va a la deriva; los segundos miden el futuro, lo sondan y ven en la fidelidad política lo que los ingleses ven en la probidad comercial, un elemento de éxito. Pero allí donde el joven que tiene algo hace un juego de palabras o dice una agudeza sobre el cambio de trono; el que no tiene nada, hace un cálculo público, o una bajeza secreta, y triunfa mientras da apretones de manos a sus amigos. Unos no creen nunca en las facultades ajenas, toman todas sus ideas como nuevas, como si el mundo hubiera sido hecho la víspera, tienen una confianza ilimitada en sí mismos y no tienen

enemigo más cruel que su propia persona. Pero los otros están armados de una desconfianza continua hacia los hombres, a los que estiman en su justo valor, y son lo bastante profundos como para tener un pensamiento más que sus amigos, a los que explotan; entonces, por la noche, cuando su cabeza está en la almohada, pesan a los hombres como un avaro pesa sus piezas de oro. Unos se enfadan por una impertinencia sin alcance y se dejan bromear por los diplomáticos que los hacen posar ante ellos tirando del hilo principal de estos títeres: el amor propio; mientras que los otros se hacen respetar y eligen a sus víctimas y a sus protectores. Entonces, un día, los que no tenían nada, tienen algo, y los que tenían algo, no tienen nada. Estos miran a sus camaradas que han llegado a una posición como a unos taimados, a unos malvados, pero también como a hombres fuertes. «¡Es muy fuerte!...» es el inmenso elogio otorgado a los que han llegado, quibuscumque viis , a la política, a una mujer o a una fortuna. Entre ellos, se encuentran ciertos jóvenes que juegan este papel comenzándolo con deudas; y naturalmente, son más peligrosos que los que lo juegan sin un céntimo.

El joven que se titulaba amigo de Henri de Marsay era un atolondrado, llegado de provincias, al que los jóvenes entonces de moda enseñaban el arte de mermar limpiamente una herencia, pero le quedaba un último pastel que comer en su provincia, un establecimiento seguro. Era simplemente un heredero que había pasado sin transición de sus magros cien francos al mes a toda la fortuna paterna, y que, si no tenía suficiente ingenio para darse cuenta de que se burlaban de él, sabía suficiente cálculo como para detenerse en los dos tercios de su capital. Venía a descubrir en París, a cambio de algunos billetes de mil francos, el valor exacto de los arneses, el arte de no respetar demasiado sus guantes, a oír allí sabias meditaciones sobre los salarios que dar a los criados y a buscar qué contrato era el más ventajoso con ellos; le importaba mucho poder hablar en buenos términos de sus caballos, de su perro de los Pirineos, reconocer por el atuendo, el andar, el botín, a qué especie pertenecía una mujer; estudiar el écarté , retener

algunas palabras de moda, y conquistar, con su estancia en el mundo parisino, la autoridad necesaria para importar más tarde a provincias el gusto por el té, la platería de forma inglesa, y darse el derecho de despreciar todo a su alrededor durante el resto de sus días. De Marsay lo había tomado en amistad para servirse de él en el mundo, como un audaz especulador se sirve de un empleado de confianza. La amistad falsa o verdadera de de Marsay era una cuestión social para Paul de Manerville, quien, por su parte, se creía muy astuto al explotar a su manera a su amigo íntimo. Vivía en el reflejo de su amigo, se ponía constantemente bajo su paraguas, calzaba sus botas, se doraba con sus rayos. Al posarse junto a Henri, o incluso al caminar a su lado, parecía decir: «No nos insultéis, somos verdaderos tigres». A menudo se permitía decir con fatuidad: «Si le pidiera tal o cual cosa a Henri, es tan amigo mío que lo haría...». Pero tenía cuidado de no pedirle nunca nada. Le temía, y su temor, aunque imperceptible, repercutía en los demás y servía a de Marsay. «Es un hombre formidable, de Marsay», decía Paul. «¡Ja, ja, ya veréis, será lo que quiera ser! No me extrañaría encontrarlo un día ministro de asuntos exteriores. Nada se le resiste». Luego hacía de de Marsay lo que el cabo Trim hacía de su gorro, una apuesta perpetua. «¡Preguntadle a de Marsay, y ya veréis!».

O bien: «El otro día, estábamos de caza, de Marsay y yo, no quería crearme, ¡salté un matorral sin moverme de mi caballo!».

O bien: «Estábamos, de Marsay y yo, con unas mujeres, y, palabra de honor, yo estaba, etc.».

Así, Paul de Manerville no podía clasificarse más que en la grande, ilustre y poderosa familia de los necios que llegan lejos. Debía ser un día diputado. Por el momento, ni siquiera era un joven. Su amigo de Marsay lo definía así: «¿Me preguntas qué es Paul? Pero Paul... es Paul de Manerville».

—Me extraña, amigo mío —le dijo a de Marsay—, que estés aquí un domingo.

—Iba a hacerte la misma pregunta.

—Un lío.

—¿Un lío?

—¡Bah!

—Bien puedo decírtelo a ti, sin comprometer mi pasión. Además, una mujer que viene el domingo a las Tullerías no tiene valor, aristocráticamente hablando.

—¡Ja, ja!

—Cállate, o no te digo nada más. Ríes demasiado alto, vas a hacer creer que hemos desayunado demasiado. El jueves pasado, aquí, en la terraza de los Feuillants, me paseaba sin pensar en nada. Pero al llegar a la verja de la rue Castiglione, por la que pensaba irme, me encuentro cara a cara con una mujer, o más bien con una joven que, si no me saltó al cuello, fue detenida, creo, menos por el respeto humano que por uno de esos asombros profundos que cortan brazos y piernas, descienden a lo largo de la espina dorsal y se detienen en la planta de los pies para clavarte al suelo. A menudo he producido efectos de este tipo, una especie de magnetismo animal que se vuelve muy poderoso cuando las relaciones son respectivamente ganchudas. Pero, querido, no era ni una estupefacción, ni una chica vulgar. Moralmente hablando, su rostro parecía decir: «¿Cómo, estás aquí, mi ideal, el ser de mis pensamientos, de mis sueños de la noche y de la mañana? ¿Cómo estás aquí? ¿Por qué esta mañana? ¿Por qué no ayer? Tómame, soy tuya, etcétera». «Bueno —me dije para mis adentros—, ¡otra más!».

La examino, pues. ¡Ah, querido!, físicamente hablando, la desconocida es la persona más adorablemente mujer que he encontrado jamás. Pertenece a esa variedad femenina que los romanos llamaban fulva, flava, la mujer de fuego. Y primero, lo que más me ha impresionado, de lo que todavía estoy prendado, son dos ojos amarillos como los de los tigres; un amarillo de oro que brilla, ¡oro vivo, oro que piensa, oro que ama y que quiere absolutamente venir a tu bolsillo!

—¡Ya la conocemos, querido! —exclamó Paul—. Viene a veces por aquí, es la Muchacha de los ojos de oro. Le hemos dado ese

nombre. Es una jovencita de unos veintidós años, y la he visto aquí cuando los Borbones estaban, pero con una mujer que vale cien mil veces más que ella.

—¡Cállate, Paul! Es imposible que ninguna mujer supere a esa chica, semejante a una gata que quiere venir a rozar tus piernas, una chica blanca de cabellos cenicientos, delicada en apariencia, pero que debe de tener un vello algodónoso en la tercera falange de sus dedos; y a lo largo de las mejillas un vello blanco cuya línea, luminosa en un día claro, comienza en las orejas y se pierde en el cuello.

—¡Ah, la otra, mi querido de Marsay! Tiene unos ojos negros que nunca han llorado, pero que queman; unas cejas negras que se juntan y le dan un aire de dureza desmentido por la red de sus labios, sobre los cuales un beso no permanece, unos labios ardientes y frescos; una tez morisca en la que un hombre se calienta como al sol; pero, palabra de honor, se te parece...

—¡La halagas!

—Una cintura cimbreante, la talla esbelta de una corbeta construida para la piratería, y que se abalanza sobre el navío mercante con una impetuosidad francesa, lo muerde y lo hunde en dos tiempos.

—En fin, querido —replicó de Marsay—, ¿qué me importa la que no he visto? Desde que estudio a las mujeres, mi desconocida es la única cuyo seno virgen, cuyas formas ardientes y voluptuosas me han realizado a la única mujer que he soñado, ¡yo! Es el original de la delirante pintura, llamada La mujer acariciando a su quimera, la más ardiente, la más infernal inspiración del genio antiguo; una santa poesía prostituida por quienes la han copiado para los frescos y los mosaicos; para un montón de burgueses que no ven en este camafeo más que un dije, y lo ponen en las llaves de sus relojes, mientras que es toda la mujer, un abismo de placeres donde uno rueda sin encontrar el fin, mientras que es una mujer ideal que se ve a veces en realidad en España, en Italia, casi nunca en Francia. Pues

bien, he vuelto a ver a esa muchacha de los ojos de oro, esa mujer acariciando a su quimera, la he vuelto a ver aquí, el viernes. Presentía que al día siguiente volvería a la misma hora. No me equivocaba. Me he complacido en seguirla sin que me viera, en estudiar esa andadura indolente de la mujer desocupada, pero en cuyos movimientos se adivina la voluptuosidad que duerme. Pues bien, se ha vuelto, me ha visto, me ha adorado de nuevo, ha temblado de nuevo, se ha estremecido. Entonces he reparado en la verdadera dueña española que la guarda, una hiena a la que un celoso ha puesto un vestido, alguna diablesa bien pagada para guardar a esta suave criatura... ¡Oh! entonces, la dueña me ha puesto más que enamorado, me he vuelto curioso. El sábado, nadie. Heme aquí, hoy, esperando a esta chica de la que soy la quimera, y no pidiendo nada mejor que posarme como el monstruo del fresco.

—Ahí está —dijo Paul—, todo el mundo se vuelve para verla...

La desconocida se sonrojó, sus ojos centellearon al percibir a Henri, los cerró y pasó.

—¿Dices que se fija en ti? —exclamó jocosamente Paul de Manerville.

La dueña miró fijamente y con atención a los dos jóvenes. Cuando la desconocida y Henri se encontraron de nuevo, la joven lo rozó y con su mano apretó la del joven. Luego, se volvió, sonrió con pasión; pero la dueña la arrastraba muy deprisa hacia la verja de la rue Castiglione. Los dos amigos siguieron a la joven admirando la magnífica torsión de ese cuello al que la cabeza se unía por una combinación de líneas vigorosas, y de donde se alzaban con fuerza algunos rizos de cabellos cortos. La muchacha de los ojos de oro tenía ese pie bien sujeto, delgado, arqueado, que ofrece tantos atractivos a las imaginaciones golosas. Así, iba elegantemente calzada y llevaba un vestido corto. Durante este trayecto, se volvía de vez en cuando para volver a ver a Henri, y parecía seguir a regañadientes a la vieja, de la que parecía ser a la vez la ama y la esclava: podía hacer que la apalearan, pero no que la despidieran. Todo esto se veía. Los dos amigos llegaron a la verja. Dos lacayos de

librea despleaban el estribo de un cupé de buen gusto, cargado de blasones. La muchacha de los ojos de oro subió la primera, tomó el lado donde debía ser vista cuando el coche se diera la vuelta; puso su mano en la portezuela y agitó su pañuelo, a espaldas de la dueña, burlándose del «qué dirán» de los curiosos y diciéndole a Henri públicamente a golpes de pañuelo: «Sígueme...».

—¿Has visto alguna vez lanzar mejor el pañuelo? —dijo Henri a Paul de Manerville.

Luego, al ver un fiacre listo para partir después de haber traído a gente, hizo una seña al cochero para que se quedara.

—Siga ese cupé, vea en qué calle, en qué casa entra, tendrá diez francos. Adiós, Paul.

El fiacre siguió al cupé. El cupé entró en la rue Saint-Lazare, en uno de los palacetes más hermosos de ese barrio.

De Marsay no era un atolondrado. Cualquier otro joven habría obedecido el deseo de obtener enseguida alguna información sobre una chica que realizaba tan bien las ideas más luminosas expresadas sobre las mujeres por la poesía oriental; pero, demasiado hábil para comprometer así el futuro de su buena fortuna, había dicho a su fiacre que continuara por la rue Saint-Lazare y lo llevara de vuelta a su palacete. Al día siguiente, su primer ayuda de cámara, llamado Laurent, un muchacho astuto como un Frontin de la antigua comedia, esperó en los alrededores de la casa habitada por la desconocida la hora en que se distribuyen las cartas. Para poder espiar a su antojo y rondar por el palacete, había, según la costumbre de los agentes de policía que quieren disfrazarse bien, comprado en el lugar la ropa usada de un auvernés, intentando adoptar su fisonomía. Cuando el cartero que esa mañana hacía el servicio de la rue Saint-Lazare pasó, Laurent fingió ser un recadero apurado por recordar el nombre de una persona a la que debía entregar un paquete, y consultó al cartero. Engañado al principio por las apariencias, este personaje tan pintoresco en medio de la civilización parisina le informó que el palacete donde vivía la

Muchacha de los ojos de oro pertenecía a Don Hijos, marqués de San-Réal, Grande de España. Naturalmente, el auvernés no tenía asuntos con el marqués.

—Mi paquete —dijo—, es para la marquesa.

—Está ausente —respondió el cartero—. Sus cartas se devuelven a Londres.

—La marquesa no es, pues, una joven que...

—¡Ah! —dijo el cartero interrumpiendo al ayuda de cámara y mirándolo con atención—, tú eres tan recadero como yo bailarín.

Laurent mostró algunas piezas de oro al funcionario de la claqueta, que se echó a sonreír.

—Tenga, aquí está el nombre de su presa —dijo, sacando de su cartera de cuero una carta que llevaba el sello de Londres y en la que esta dirección:

A la Señorita

Paquita Valdès,

Rue Saint-Lazare, hôtel de San-Réal.

París.

estaba escrita con caracteres alargados y menudos que anunciaban una mano de mujer.

—¿Seríais cruel con una botella de vino de Chablis, acompañada de un solomillo salteado con champiñones, y precedida de algunas docenas de ostras? —dijo Laurent, que quería conquistar la preciosa amistad del cartero.

—A las nueve y media, después de mi servicio. ¿Dónde?

—En la esquina de la rue de la Chaussée-d'Antin y de la rue Neuve-des-Mathurins, en Le Puits sans Vin —dijo Laurent.

—Escuche, amigo —dijo el cartero, reuniéndose con el ayuda de cámara una hora después de este encuentro—, si su amo está

enamorado de esa chica, ise impone un trabajo tremendo! Dudo que consiga verla. ¡En los diez años que llevo de cartero en París, he podido observar muchos sistemas de puertas! Pero bien puedo decir, sin temor a ser desmentido por ninguno de mis camaradas, que no hay una puerta tan misteriosa como la del señor de San-Réal. Nadie puede penetrar en el palacete sin no sé qué contraseña, y fíjese que ha sido elegido expresamente entre patio y jardín para evitar toda comunicación con otras casas. El portero es un viejo español que nunca dice una palabra de francés, pero que te escudriña a la gente como lo haría Vidocq, para saber si no son ladrones. Si este primer cancerbero pudiera dejarse engañar por un amante, por un ladrón o por usted, sin comparación, ¡eh!, bien, se encontraría en la primera sala, que está cerrada por una puerta de cristal, a un mayordomo rodeado de lacayos, un viejo guasón aún más salvaje y hosco que el propio portero. Si alguien franquea la puerta cochera, mi mayordomo sale, lo espera bajo el peristilo y le somete a un interrogatorio como a un criminal. A mí me ha pasado, a mí, simple cartero. Me tomaba por un «hemisferio» disfrazado, dijo riendo de su disparate. En cuanto a los criados, no espere sacarles nada, los creo mudos, nadie en el barrio conoce el color de sus palabras; no sé qué salario les dan para no hablar y para no beber; el hecho es que son inabordables, ya sea porque teman ser fusilados, ya sea porque tengan una suma enorme que perder en caso de indiscreción. Si su amo ama lo suficiente a la señorita Paquita Valdès como para superar todos estos obstáculos, ciertamente no triunfará sobre doña Concha Marialva, la dueña que la acompaña y que la metería bajo sus faldas antes que dejarla. Esas dos mujeres parecen estar cosidas juntas.

—Lo que usted me dice, estimable cartero —replicó Laurent después de haber degustado el vino—, me confirma lo que acabo de saber. Palabra de hombre honrado, creí que se burlaban de mí. La frutera de enfrente me ha dicho que sueltan por la noche, en los jardines, unos perros cuya comida está suspendida de postes, de manera que no pueden alcanzarla. Esos malditos animales creen entonces que la gente susceptible de entrar quiere quitarles su

comida, y los harían pedazos. Me dirá usted que se les pueden arrojar albóndigas, pero parece que están adiestrados para no comer nada que no sea de la mano del conserje.

—El portero del señor barón de Nucingen, cuyo jardín linda por arriba con el del palacete San-Réal, me lo dijo efectivamente —replicó el cartero.

—Bien, mi amo lo conoce —se dijo Laurent—. ¿Sabe usted —replicó guiñando un ojo al cartero— que pertenezco a un amo que es un hombre formidable, y si se le metiera en la cabeza besar la planta de los pies de una emperatriz, habría que pasar por el aro? Si necesitara de usted, lo que le deseo, pues es generoso, ¿se podría contar con usted?

—¡Caramba, señor Laurent!, me llamo Moinot. Mi apellido se escribe absolutamente como un gorrión: M-o-i-n-o-t, not, Moinot.

—Efectivamente —dijo Laurent.

—Vivo en la rue des Trois-Frères, número 11, en el quinto —prosiguió Moinot—; tengo mujer y cuatro hijos. Si lo que usted quiera de mí no excede las posibilidades de la conciencia y mis deberes administrativos, ¡usted comprende! soy todo suyo.

—Es usted un hombre valiente —le dijo Laurent estrechándole la mano.

—Paquita Valdès es sin duda la amante del marqués de San-Réal, el amigo del rey Fernando. Solo un viejo cadáver español de ochenta años es capaz de tomar semejantes precauciones —dijo Henri cuando su ayuda de cámara le hubo contado el resultado de sus pesquisas.

—Señor —le dijo Laurent—, a menos que se llegue en globo, nadie puede entrar en ese palacete.

—¡Eres un necio! ¿Es acaso necesario entrar en el palacete para tener a Paquita, desde el momento en que Paquita puede salir de él?

—Pero, señor, ¿y la dueña?

—Encerrarán a tu dueña por unos días.

—¡Entonces, tendremos a Paquita! —dijo Laurent frotándose las manos.

—¡Gracioso! —respondió Henri—. Te condeno a la Concha si llevas la insolencia hasta hablar así de una mujer antes de que la haya tenido. Piensa en vestirme, voy a salir.

Henri permaneció un momento sumido en gozosas reflexiones. Digámoslo en alabanza de las mujeres, obtenía a todas las que se dignaba desear. ¿Y qué habría que pensar, pues, de una mujer sin amante, que hubiera sabido resistirse a un joven armado de la belleza que es el ingenio del cuerpo, armado del ingenio que es una gracia del alma, armado de la fuerza moral y de la fortuna que son las dos únicas potencias reales? Pero al triunfar tan fácilmente, de Marsay debía aburrirse de sus triunfos; así, desde hacía unos dos años se aburría mucho. Al sumergirse en el fondo de las voluptuosidades, sacaba de ellas más grava que perlas. Así pues, había llegado, como los soberanos, a implorar del azar algún obstáculo que vencer, alguna empresa que requiriera el despliegue de sus fuerzas morales y físicas inactivas. Aunque Paquita Valdès le presentaba la maravillosa conjunción de las perfecciones de las que no había gozado aún más que en detalle, el atractivo de la pasión era casi nulo en él. Una saciedad constante había debilitado en su corazón el sentimiento del amor. Como los ancianos y la gente hastiada, ya no tenía más que caprichos extravagantes, gustos ruinosos, fantasías que, satisfechas, no le dejaban ningún buen recuerdo en el corazón. En los jóvenes, el amor es el más bello de los sentimientos, hace florecer la vida en el alma, despliega con su poder solar las más bellas inspiraciones y sus grandes pensamientos: las primicias en todo tienen un delicioso sabor. En los hombres, el amor se convierte en una pasión: la fuerza conduce al abuso. En los ancianos, se convierte en vicio: la impotencia conduce al extremo. Henri era a la vez anciano, hombre y joven. Para devolverle las emociones de un verdadero amor, necesitaba, como Lovelace, una Clarissa Harlowe. Sin el reflejo mágico de esta perla inencontrable,

ya no podía tener más que pasiones avivadas por alguna vanidad parisina, o decisiones tomadas consigo mismo de llevar a tal mujer a tal grado de corrupción, o aventuras que estimularan su curiosidad. El informe de Laurent, su ayuda de cámara, acababa de dar un precio enorme a la Muchacha de los ojos de oro. Se trataba de librar batalla a algún enemigo secreto, que parecía tan peligroso como hábil; y, para obtener la victoria, todas las fuerzas de las que Henri podía disponer no eran inútiles. Iba a representar esa eterna y vieja comedia que siempre será nueva, y cuyos personajes son un anciano, una joven y un enamorado: don Hijos, Paquita, de Marsay. Si Laurent valía por Fígaro, la dueña parecía incorruptible. ¡Así, la pieza viviente estaba más fuertemente anudada por el azar de lo que nunca lo había estado por ningún autor dramático! Pero, además, ¿no es el azar un hombre de genio?

—Habrás que jugar con tiento —se dijo Henri.

—Y bien —le dijo Paul de Manerville al entrar—, ¿en qué punto estamos? Vengo a desayunar contigo.

—Sea —dijo Henri—. ¿No te ofenderás si me acicalo delante de ti?

—¡Qué broma!

—Tomamos tantas cosas de los ingleses en este momento que podríamos volvernlos hipócritas y púdicos como ellos —dijo Henri.

Laurent había traído ante su amo tantos utensilios, tantos muebles diferentes, y cosas tan bonitas, que Paul no pudo evitar decir: — ¿Pero vas a tardar dos horas?

—¡No! —dijo Henri—. Dos horas y media.

—Bueno, ya que estamos entre nosotros y podemos decírnoslo todo, explícame por qué un hombre superior como tú, porque eres superior, afecta exagerar una fatuidad que no debe ser natural en él. ¿Por qué pasar dos horas y media acicalándose, cuando basta con entrar un cuarto de hora en un baño, peinarse en dos tiempos y vestirse? Venga, dime tu sistema.

—Tengo que quererte mucho, mi grandullón, para confiarte tan altos pensamientos —dijo el joven, que en ese momento se hacía cepillar los pies con un cepillo suave frotado con jabón inglés.

—Pero te he profesado el más sincero apego —respondió Paul de Manerville—, y te quiero al encontrarte superior a mí...

—Habrás notado, si es que eres capaz de observar un hecho moral, que la mujer ama al dandi —replicó de Marsay sin responder de otra manera que con una mirada a la declaración de Paul—. ¿Sabes por qué las mujeres aman a los dandis? Amigo mío, los dandis son los únicos hombres que se cuidan. Ahora bien, cuidarse demasiado, ¿no es decir que se cuida en uno mismo el bien de otro? El hombre que no se pertenece a sí mismo es precisamente el hombre del que las mujeres están prendadas. El amor es esencialmente ladrón. No te hablo de ese exceso de limpieza del que se pirran. ¿Encuentras una que se haya apasionado por un desaliñado, aunque fuera un hombre notable? Si el hecho ha ocurrido, debemos atribuirlo a los antojos de mujer encinta, esas ideas locas que pasan por la cabeza de todo el mundo. Por el contrario, he visto a gente muy notable plantada en seco por causa de su incuria. Un dandi que se ocupa de su persona se ocupa de una nadería, de pequeñas cosas. ¿Y qué es la mujer? Una pequeña cosa, un conjunto de naderías. Con dos palabras dichas al aire, ¿no se la hace trabajar durante cuatro horas? Está segura de que el dandi se ocupará de ella, puesto que no piensa en grandes cosas. Nunca será descuidada por la gloria, la ambición, la política, el arte, esas grandes prostitutas que, para ella, son rivales. Además, los dandis tienen el valor de cubrirse de ridículo para agradar a la mujer, y su corazón está lleno de recompensas para el hombre ridículo por amor. En fin, un dandi no puede ser dandi más que si tiene razón para serlo. Son las mujeres las que nos dan ese grado. ¡El dandi es el coronel del amor, tiene buenas fortunas, tiene su regimiento de mujeres que mandar! ¡Querido mío! En París, todo se sabe, y un hombre no puede ser dandi gratis. Tú, que no tienes más que una mujer y que quizás tienes razón en no tener más que una, ¿intenta hacer el dandi?... ni siquiera te volverás ridículo, estarás muerto. Te

convertirías en un prejuicio con dos patas, uno de esos hombres condenados inevitablemente a hacer una sola y misma cosa. Significarías «necedad» como el señor de La Fayette significa América; el señor de Talleyrand, diplomacia; Désaugiers, canción; el señor de Ségur, romance. Si salen de su género, ya no se cree en el valor de lo que hacen. ¡Así somos en Francia, siempre soberanamente injustos! El señor de Talleyrand es quizás un gran financiero, el señor de La Fayette un tirano, y Désaugiers un administrador. Aunque tuvieras cuarenta mujeres al año siguiente, no te concederían públicamente ni una sola. Así pues, la fatuidad, amigo Paul, es el signo de un poder incontestable conquistado sobre el pueblo femenino. Un hombre amado por varias mujeres pasa por tener cualidades superiores; y entonces, ¡es a ver quién lo consigue, el desdichado! ¿Pero crees que no es nada también tener el derecho de llegar a un salón, mirar a todo el mundo desde lo alto de tu corbata, o a través de un impertinente, y poder despreciar al hombre más superior si lleva un chaleco anticuado? ¡Laurent, me haces daño! Después de desayunar, Paul, iremos a las Tullerías a ver a la adorable Muchacha de los ojos de oro.

Cuando, después de haber hecho una excelente comida, los dos jóvenes hubieron recorrido la terraza de los Feuillants y la gran avenida de las Tullerías, no encontraron en ninguna parte a la sublime Paquita Valdès, por cuya cuenta se encontraban cincuenta de los jóvenes más elegantes de París, todos almizclados, de alta corbata, calzados con botas, espoleados, fustigando, caminando, hablando, riendo y dándose a todos los diablos.

—Misa blanca —dijo Henri—; pero se me ha ocurrido la idea más excelente del mundo. Esa chica recibe cartas de Londres, hay que comprar o emborrachar al cartero, desprecintar una carta, naturalmente leerla, deslizar en ella una notita de amor y volver a precintarla. El viejo tirano, cruel tiranno, debe sin duda conocer a la persona que escribe las cartas que vienen de Londres y ya no desconfía de ella.

Al día siguiente, de Marsay vino de nuevo a pasear al sol por la terraza de los Feuillants, y allí vio a Paquita Valdès: ya para él, la pasión la había embellecido. Se enamoró seriamente de aquellos ojos cuyos rayos parecían tener la naturaleza de los que lanza el sol y cuyo ardor resumía el de ese cuerpo perfecto donde todo era voluptuosidad. De Marsay ardía por rozar el vestido de esta seductora chica cuando se encontraban en su paseo; pero sus intentos eran siempre vanos. En un momento en que había superado a la dueña y a Paquita, para poder encontrarse del lado de la Muchacha de los ojos de oro cuando se diera la vuelta, Paquita, no menos impaciente, se adelantó vivamente, y de Marsay sintió que ella le apretaba la mano de una manera a la vez tan rápida y tan apasionadamente significativa, que creyó haber recibido la descarga de una chispa eléctrica. En un instante, todas sus emociones juveniles surgieron en su corazón. Cuando los dos amantes se miraron, Paquita pareció avergonzada; bajó los ojos para no volver a ver los de Henri, pero su mirada se deslizó por debajo para mirar los pies y la cintura de aquel a quien las mujeres llamaban antes de la revolución «su vencedor».

—Decididamente, tendré a esta chica como amante —se dijo Henri.

Al seguirla hasta el final de la terraza, del lado de la plaza Luis XV, percibió al viejo marqués de San-Réal que se paseaba apoyado en el brazo de su ayuda de cámara, caminando con toda la precaución de un gotoso y un cacochimio. Doña Concha, que desconfiaba de Henri, hizo pasar a Paquita entre ella y el anciano.

—¡Oh, tú! —se dijo de Marsay lanzando una mirada de desprecio a la dueña—. Si no se puede hacer que capitules, con un poco de opio te dormiremos. Conocemos la Mitología y la fábula de Argos.

Antes de subir al coche, la Muchacha de los ojos de oro intercambió con su amante algunas miradas cuya expresión no era dudosa y de las que Henri quedó encantado; pero la dueña sorprendió una y dijo vivamente algunas palabras a Paquita, que se arrojó al cupé con aire desesperado. Durante algunos días, Paquita

no vino más a las Tullerías. Laurent, que, por orden de su amo, fue a hacer guardia alrededor del palacete, supo por los vecinos que ni las dos mujeres ni el viejo marqués habían salido desde el día en que la dueña había sorprendido una mirada entre la joven encomendada a su custodia y Henri. El lazo tan débil que unía a los dos amantes estaba, pues, ya roto.

Algunos días después, sin que nadie supiera por qué medios, de Marsay había llegado a su meta: tenía un sello y cera absolutamente semejantes al sello y a la cera que sellaban las cartas enviadas desde Londres a la señorita Valdès, papel parecido al que usaba el corresponsal, y además todos los utensilios y los hierros necesarios para estampar los sellos de los correos inglés y francés. Había escrito la siguiente carta, a la que dio todas las apariencias de una carta enviada desde Londres.

«Querida Paquita, no intentaré pintarle, con palabras, la pasión que me ha inspirado. Si, para mi felicidad, la comparte, sepa que he encontrado los medios de corresponder con usted. Me llamo Adolphe de Gouges y vivo en la rue de l'Université, número 54. Si está demasiado vigilada para escribirme, si no tiene ni papel ni plumas, lo sabré por su silencio. Así pues, si mañana, de ocho de la mañana a diez de la noche, si no ha arrojado una carta por encima del muro de su jardín al del barón de Nucingen, donde se esperará durante todo el día, un hombre que me es enteramente devoto le deslizará por encima del muro, al extremo de una cuerda, dos frascos, a las diez de la mañana del día siguiente. Esté paseando hacia ese momento; uno de los dos frascos contendrá opio para adormecer a su Argos, bastará con darle seis gotas. El otro contendrá tinta. El frasco de tinta está tallado, el otro es liso. Ambos son lo bastante planos como para que pueda esconderlos en su corsé. Todo lo que ya he hecho para poder corresponder con usted debe decirle cuánto la amo. Si lo dudara, le confieso que, por obtener una cita de una hora, daría mi vida.»

—¡Y sin embargo, se lo creen, esas pobres criaturas! —se dijo de Marsay—. Pero tienen razón. ¿Qué pensaríamos de una mujer que

no se dejara seducir por una carta de amor acompañada de circunstancias tan probatorias?

Esta carta fue entregada por el señor Moinot, cartero, al día siguiente, hacia las ocho de la mañana, al conserje del palacete San-Réal.

Para acercarse al campo de batalla, de Marsay había venido a desayunar a casa de Paul, que vivía en la rue de la Pépinière. A las dos, en el momento en que los dos amigos se contaban riendo la desventura de un joven que había querido llevar el tren de la vida elegante sin una fortuna sólida, y le buscaban un final, el cochero de Henri vino a buscar a su amo hasta casa de Paul, y le presentó a un personaje misterioso que quería absolutamente hablarle a él mismo. Este personaje era un mulato en el que Talma se habría inspirado ciertamente para interpretar a Otelo si lo hubiera encontrado. Jamás rostro africano expresó mejor la grandeza en la venganza, la rapidez de la sospecha, la prontitud en la ejecución de un pensamiento, la fuerza del moro y su irreflexión de niño. Sus ojos negros tenían la fijeza de los de un ave de presa, y estaban engastados, como los de un buitre, por una membrana azulada desprovista de pestañas. Su frente, pequeña y baja, tenía algo amenazador. Evidentemente, este hombre estaba bajo el yugo de un solo y mismo pensamiento. Su brazo nervioso no le pertenecía. Le seguía un hombre que todas las imaginaciones, desde las que tiritan en Groenlandia hasta las que sudan en Nueva Inglaterra, se pintarán a partir de esta frase: «era un hombre desdichado». A esta palabra, todo el mundo lo adivinará, se lo representará según las ideas particulares de cada país. ¿Pero quién se figurará su rostro blanco, arrugado, rojo en las extremidades, y su barba larga? ¿Quién verá su corbata amarillenta en forma de cuerda, su cuello de camisa grasiento, su sombrero completamente gastado, su levita verdosa, sus pantalones lastimosos, su chaleco encogido, su alfiler de oro falso, sus zapatos embarrados, cuyas cintas habían chapoteado en el fango? ¿Quién lo comprenderá en toda la inmensidad de su miseria presente y pasada? ¿Quién? Solo el parisino. El hombre desdichado de París es el hombre desdichado completo, pues todavía encuentra alegría para

saber cuán desdichado es. El mulato parecía ser un verdugo de Luis XI sujetando a un hombre para ahorcarlo.

—¿Quién nos ha pescado a estos dos tipos? —dijo Henri.

—¡Caramba! Hay uno que me da escalofríos —respondió Paul.

—¿Quién eres tú, el que parece ser el más cristiano de los dos? —dijo Henri mirando al hombre desdichado.

El mulato permaneció con los ojos fijos en los dos jóvenes, como un hombre que no entendía nada, y que buscaba sin embargo adivinar algo por los gestos y el movimiento de los labios.

—Soy escribano público e intérprete. Vivo en el Palacio de Justicia y me llamo Poincet.

—¡Bien! ¿Y ese? —dijo Henri a Poincet señalando al mulato.

—No sé; solo habla una especie de patois español, y me ha traído aquí para poder entenderse con usted.

El mulato sacó de su bolsillo la carta escrita a Paquita por Henri y se la entregó. Henri la arrojó al fuego.

—Bueno, esto empieza a dibujarse —se dijo Henri a sí mismo—. Paul, déjanos solos un momento.

—Le he traducido esta carta —prosiguió el intérprete cuando estuvieron solos—. Cuando estuvo traducida, se fue no sé dónde. Luego volvió a buscarme para traerme aquí, prometiéndome dos luises.

—¿Qué tienes que decirme, chino? —preguntó Henri.

—No le he dicho «chino» —dijo el intérprete esperando la respuesta del mulato.

—Dice, señor —replicó el intérprete después de haber escuchado al desconocido—, que debe usted encontrarse mañana por la noche, a las diez y media, en el bulevar Montmartre, junto al café. Verá allí un coche, en el que subirá diciendo a quien esté listo para abrir la portezuela la palabra cortejo, una palabra española que quiere decir

«amante» —añadió Poincet lanzando una mirada de felicitación a Henri.

—¡Bien!

El mulato quiso dar dos luses; pero de Marsay no lo consintió y recompensó al intérprete; mientras le pagaba, el mulato profirió algunas palabras.

—¿Qué dice?

—Me advierte —respondió el hombre desdichado— que, si cometo una sola indiscreción, me estrangulará. Es amable, y tiene toda la pinta de ser capaz de ello.

—Estoy seguro —respondió Henri—. Lo haría tal como lo dice.

—Añade —prosiguió el intérprete—, que la persona de la que es enviado le suplica, por usted y por ella, que ponga la mayor prudencia en sus acciones, porque los puñales levantados sobre sus cabezas caerían en sus corazones, sin que ningún poder humano pudiera garantizárselo.

—¡Dijo eso! Tanto mejor, será más divertido. ¡Pero puedes entrar, Paul! —gritó a su amigo.

El mulato, que no había dejado de mirar al amante de Paquita Valdès con una atención magnética, se fue seguido del intérprete.

—En fin, he aquí una aventura bien novelesca —se dijo Henri cuando Paul regresó—. A fuerza de participar en algunas, he acabado por encontrar en este París una intriga acompañada de circunstancias graves, de peligros mayores. ¡Ah, diantre, cuánto el peligro vuelve audaz a la mujer! ¿Constreñir a una mujer, querer coaccionarla, no es darle el derecho y el coraje de franquear en un momento barreras que tardaría años en saltar? Gentil criatura, vamos, salta. ¿Morir? ¡Pobre niña! ¿Puñales? ¡Imaginación de mujeres! Todas sienten la necesidad de hacer valer su pequeña broma. ¡Además, se pensará en ello, Paquita! ¡Se pensará en ello, hija mía! Que me lleve el diablo, ahora que sé que esta bella

muchacha, esta obra maestra de la naturaleza es mía, la aventura ha perdido parte de su picante.

A pesar de esta palabra ligera, el joven había reaparecido en Henri. Para esperar hasta el día siguiente sin sufrimientos, recurrió a placeres exorbitantes: jugó, cenó, sopó con sus amigos; bebió como un cochero, comió como un alemán y ganó diez o doce mil francos. Salió del Rocher de Cancale a las dos de la mañana, durmió como un niño, se despertó al día siguiente fresco y sonrosado, y se vistió para ir a las Tullerías, proponiéndose montar a caballo después de haber visto a Paquita para abrir el apetito y cenar mejor, a fin de poder quemar el tiempo.

A la hora convenida, Henri estuvo en el bulevar, vio el coche y dio la contraseña a un hombre que le pareció ser el mulato. Al oír esta palabra, el hombre abrió la portezuela y desplegó vivamente el estribo. Henri fue tan rápidamente transportado por París, y sus pensamientos le dejaron tan poca facultad de prestar atención a las calles por las que pasaba, que no supo dónde se detuvo el coche. El mulato lo introdujo en una casa donde la escalera se encontraba cerca de la puerta cochera. Esta escalera era oscura, así como el rellano en el que Henri se vio obligado a esperar durante el tiempo que el mulato tardó en abrir la puerta de un apartamento húmedo, nauseabundo, sin luz, y cuyas habitaciones, apenas iluminadas por la vela que su guía encontró en la antecámara, le parecieron vacías y mal amuebladas, como lo están las de una casa cuyos habitantes están de viaje. Reconoció esa sensación que le procuraba la lectura de una de esas novelas de Ann Radcliffe donde el héroe atraviesa las salas frías, sombrías, deshabitadas, de algún lugar triste y desierto. Finalmente, el mulato abrió la puerta de un salón. El estado de los muebles viejos y de las cortinas pasadas de las que esta pieza estaba adornada la hacían parecer el salón de un burdel. Era la misma pretensión de elegancia y la misma mezcla de cosas de mal gusto, de polvo y de mugre. Sobre un sofá cubierto de terciopelo de Utrecht rojo, en la esquina de una chimenea que humeaba y cuyo fuego estaba enterrado en las cenizas, se encontraba una mujer vieja bastante mal vestida, tocada con uno de esos turbantes que

saben inventar las mujeres inglesas cuando llegan a cierta edad, y que tendrían un éxito infinito en China, donde el ideal de belleza de los artistas es la monstruosidad. Este salón, esta mujer vieja, este hogar frío, todo habría helado el amor, si Paquita no hubiera estado allí, en una causeuse, en un voluptuoso peinador, libre de lanzar sus miradas de oro y de llama, libre de mostrar su pie arqueado, libre de sus movimientos luminosos. Este primer encuentro fue lo que son todas las primeras citas que se dan personas apasionadas que han franqueado rápidamente las distancias y que se desean ardientemente, sin conocerse sin embargo. Es imposible que no se encuentren al principio algunas discordancias en esta situación, embarazosa hasta el momento en que las almas se han puesto al mismo tono. Si el deseo da audacia al hombre y lo dispone a no reparar en nada, so pena de no ser mujer, la amante, por extremo que sea su amor, se asusta de encontrarse tan prontamente llegada al objetivo y cara a cara con la necesidad de entregarse, que para muchas mujeres equivale a una caída en un abismo, en cuyo fondo no saben lo que encontrarán. La frialdad involuntaria de esta mujer contrasta con su pasión confesada y reacciona necesariamente sobre el amante más prendado. Estas ideas, que a menudo flotan como vapores alrededor de las almas, determinan en ellas una especie de enfermedad pasajera. En el dulce viaje que dos seres emprenden a través de las bellas comarcas del amor, este momento es como un páramo que hay que atravesar, un páramo sin brezos, alternativamente húmedo y cálido, lleno de arenas ardientes, cortado por marismas, y que conduce a las risueñas arboledas vestidas de rosas donde se despliegan el amor y su cortejo de placeres sobre alfombras de fina verdura. A menudo, el hombre ingenioso se encuentra dotado de una risa tonta que le sirve de respuesta a todo; su ingenio está como entumecido bajo la glacial compresión de sus deseos. No sería imposible que dos seres igualmente bellos, ingeniosos y apasionados, hablaran al principio de los lugares comunes más necios, hasta que el azar, una palabra, el temblor de una cierta mirada, la comunicación de una chispa, les haya hecho encontrar la feliz transición que los lleva al sendero florido donde no se camina, sino donde se rueda sin descender sin

embargo. Este estado del alma está siempre en razón de la violencia de los sentimientos. Dos seres que se aman débilmente no experimentan nada parecido. El efecto de esta crisis puede compararse aún al que produce el ardor de un cielo puro. La naturaleza parece a primera vista cubierta de un velo de gasa, el azul del firmamento parece negro, la luz extrema se asemeja a las tinieblas. En Henri, como en la española, se encontraba una igual violencia: y esta ley de la estática en virtud de la cual dos fuerzas idénticas se anulan al encontrarse podría ser cierta también en el reino moral. Además, el embarazo de este momento fue singularmente aumentado por la presencia de la vieja momia. El amor se asusta o se alegra de todo, para él todo tiene un sentido, todo le es presagio feliz o funesto. Esta mujer decrepita estaba allí como un desenlace pasible, y figuraba la horrible cola de pez con la que los genios simbólicos de Grecia han terminado las Quimeras y las Sirenas, tan seductoras, tan engañosas por el busto, como lo son todas las pasiones al principio. Aunque Henri era, no un espíritu fuerte, esta palabra es siempre una burla, sino un hombre de un poder extraordinario, un hombre tan grande como se puede ser sin creencias, el conjunto de todas estas circunstancias lo impresionó. Por lo demás, los hombres más fuertes son naturalmente los más impresionables, y consecuentemente los más supersticiosos, si es que se puede llamar superstición al prejuicio del primer movimiento, que sin duda es el atisbo del resultado en las causas ocultas a otros ojos, pero perceptibles a los suyos.

La española aprovechaba este momento de estupor para dejarse llevar por el éxtasis de esa adoración infinita que se apodera de una mujer cuando ama verdaderamente y se encuentra en presencia de un ídolo vanamente esperado. Sus ojos eran todo alegría, toda felicidad, y de ellos escapaban chispas. Estaba bajo el hechizo, y se embriagaba sin temor de una felicidad largamente soñada. Pareció entonces tan maravillosamente bella a Henri que toda esa fantasmagoría de harapos, de vejez, de cortinas rojas gastadas, de esteras verdes delante de los sillones, que el suelo de baldosas rojas mal frotado, que todo ese lujo enfermo y sufriente desapareció al

instante. El salón se iluminó, ya no vio más que a través de una nube a la terrible arpía, fija, muda en su sofá rojo, y cuyos ojos amarillos traicionaban los sentimientos serviles que la desdicha inspira o que causa un vicio bajo cuya esclavitud se ha caído como bajo un tirano que te embrutece bajo las flagelaciones de su despotismo. Sus ojos tenían el brillo frío de los de un tigre enjaulado que conoce su impotencia y se ve obligado a devorar sus ansias de destrucción.

—¿Quién es esa mujer? —dijo Henri a Paquita.

Pero Paquita no respondió. Hizo una seña de que no entendía el francés y preguntó a Henri si hablaba inglés. De Marsay repitió su pregunta en inglés.

—Es la única mujer en la que puedo confiar, aunque ya me haya vendido —dijo Paquita tranquilamente—. Mi querido Adolphe, es mi madre, una esclava comprada en Georgia por su rara belleza, pero de la que queda poco hoy. No habla más que su lengua materna.

La actitud de esta mujer y su afán por adivinar, por los movimientos de su hija y de Henri, lo que pasaba entre ellos fueron explicados de repente al joven, a quien esta explicación tranquilizó.

—Paquita —le dijo—, ¿no estaremos libres, pues?

—¡Nunca! —dijo ella con aire triste—. Tenemos incluso pocos días para nosotros.

Bajó los ojos, miró su mano, y contó con su mano derecha sobre los dedos de su mano izquierda, mostrando así las manos más bellas que Henri hubiera visto jamás.

—Uno, dos, tres...

Contó hasta doce.

—Sí —dijo—, tenemos doce días.

—¿Y después?

—Después —dijo ella, quedando absorta como una mujer débil ante el hacha del verdugo y muerta de antemano por un temor que

la despojaba de esa magnífica energía que la naturaleza parecía no haberle concedido más que para engrandecer las voluptuosidades y para convertir en poemas sin fin los placeres más groseros—. Después —repetía. Sus ojos se volvieron fijos; pareció contemplar un objeto lejano, amenazador—. No lo sé —dijo.

—Esta chica está loca —se dijo Henri, que cayó él mismo en extrañas reflexiones.

Paquita le pareció ocupada de algo que no era él, como una mujer igualmente coartada por el remordimiento y por la pasión. Quizás tenía en el corazón otro amor que olvidaba y recordaba alternativamente. En un momento, Henri fue asaltado por mil pensamientos contradictorios. Para él, esta chica se convirtió en un misterio; pero, al contemplarla con la sabia atención del hombre hastiado, hambriento de nuevas voluptuosidades, como aquel rey de Oriente que pedía que le crearan un placer, sed horrible que se apodera de las grandes almas, Henri reconocía en Paquita la más rica organización que la naturaleza se hubiera complacido en componer para el amor. El juego presumido de esta máquina, alma aparte, habría asustado a cualquier otro hombre que no fuera de Marsay; pero él fue fascinado por esta rica cosecha de placeres prometidos, por esta constante variedad en la felicidad, el sueño de todo hombre, y que toda mujer amante ambiciona también. Fue enloquecido por el infinito hecho palpable y transportado a los más excesivos goces de la criatura. Vio todo esto en esta chica más distintamente de lo que lo había visto hasta entonces, pues ella se dejaba ver complacientemente, feliz de ser admirada. La admiración de de Marsay se convirtió en una rabia secreta, y la desveló por completo lanzando una mirada que la española comprendió, como si estuviera acostumbrada a recibirlas.

—¡Si no debieras ser solo mía, te mataría! —exclamó.

Al oír esta palabra, Paquita se cubrió el rostro con las manos y exclamó ingenuamente: —¡Santa Virgen! ¡Dónde me he metido!

Se levantó, fue a arrojarse sobre el sofá rojo, hundió la cabeza en los harapos que cubrían el pecho de su madre y lloró allí. La vieja recibió a su hija sin salir de su inmovilidad, sin mostrarle nada. La madre poseía en el más alto grado esa gravedad de los pueblos salvajes, esa impasibilidad de la estatuaria contra la que se estrella la observación. ¿Amaba, no amaba a su hija? Ninguna respuesta. Bajo esa máscara se cobijaban todos los sentimientos humanos, los buenos y los malos, y se podía esperar todo de esa criatura. Su mirada iba lentamente de los hermosos cabellos de su hija, que la cubrían como una mantilla, al rostro de Henri, que observaba con una curiosidad inexpresable. Parecía preguntarse por qué sortilegio estaba él allí, por qué capricho la naturaleza había hecho a un hombre tan seductor.

—¡Estas mujeres se burlan de mí! —se dijo Henri.

En ese momento, Paquita levantó la cabeza, le lanzó una de esas miradas que llegan hasta el alma y la queman. Le pareció tan bella, que se juró poseer ese tesoro de belleza.

—¡Mi Paquita, sé mía!

—¿Quieres matarme? —dijo ella temerosa, palpitante, inquieta, pero arrastrada hacia él por una fuerza inexplicable.

—¡Matarte yo! —dijo él sonriendo.

Paquita lanzó un grito de espanto, dijo una palabra a la vieja, que tomó con autoridad la mano de Henri y la de su hija, las miró largamente, se las devolvió meneando la cabeza de una manera horriblemente significativa.

—¡Sé mía esta noche, al instante, sígueme, no me dejes, lo quiero, Paquita! ¿Me amas? ¡Ven!

En un momento, le dijo mil palabras insensatas con la rapidez de un torrente que salta entre las rocas, y repite el mismo sonido, bajo mil formas diferentes.

—¡Es la misma voz! —dijo Paquita melancólicamente, sin que de Marsay pudiera oírla—. Y... el mismo ardor —añadió.

—¡Pues bien, sí! —dijo ella con un abandono de pasión que nada podría expresar—. Sí, pero no esta noche. Esta noche, Adolphe, he dado muy poco opio a la Concha, podría despertarse, estaría perdida. En este momento, toda la casa me cree dormida en mi habitación. Dentro de dos días, estate en el mismo lugar, di la misma palabra al mismo hombre. Ese hombre es mi padre de leche, Christemio me adora y moriría por mí en los tormentos sin que le arrancaran una palabra contra mí. Adiós —dijo ella, agarrando a Henri por el cuerpo y enroscándose a su alrededor como una serpiente.

Lo apretó por todos lados a la vez, le acercó su cabeza bajo la suya, le presentó sus labios y tomó un beso que les produjo a ambos tal vértigo que de Marsay creyó que la tierra se abría, y Paquita gritó: «¡Vete!», con una voz que anunciaba bastante cuán poco dueña de sí misma estaba. Pero lo retuvo mientras le gritaba siempre: «¡Vete!», y lo condujo lentamente hasta la escalera.

Allí, el mulato, cuyos ojos blancos se encendieron al ver a Paquita, tomó la antorcha de las manos de su ídolo y condujo a Henri hasta la calle. Dejó la antorcha bajo la bóveda, abrió la portezuela, metió a Henri en el coche y lo depositó en el bulevar de los Italianos con una rapidez maravillosa. Los caballos parecían tener el infierno en el cuerpo.

Esta escena fue como un sueño para de Marsay, pero uno de esos sueños que, aun desvaneciéndose, dejan en el alma un sentimiento de voluptuosidad sobrenatural, tras la cual un hombre corre durante el resto de su vida. Un solo beso había bastado. Ninguna cita se había desarrollado de una manera más decente, ni más casta, ni más fría quizás, en un lugar más horrible por los detalles, ante una divinidad más horrenda; pues esa madre había quedado en la imaginación de Henri como algo infernal, agazapado, cadavérico, vicioso, salvajemente feroz, que la fantasía de los pintores y de los poetas no había adivinado todavía. En efecto, jamás una cita había irritado más sus sentidos, no había revelado voluptuosidades más audaces, no había hecho brotar mejor el amor desde su centro para

esparcirse como una atmósfera alrededor de un hombre. Fue algo sombrío, misterioso, dulce, tierno, contenido y expansivo, un acoplamiento de lo horrible y lo celeste, del paraíso y del infierno, que dejó a de Marsay como ebrio. Ya no era él mismo, y sin embargo era lo bastante grande como para poder resistir las embriagueces del placer.

Para comprender bien su conducta en el desenlace de esta historia, es necesario explicar cómo su alma se había ensanchado a la edad en que los jóvenes se empequeñecen ordinariamente mezclándose con las mujeres o ocupándose demasiado de ellas. Había crecido por un concurso de circunstancias secretas que lo investían de un inmenso poder desconocido. Este joven tenía en su mano un cetro más poderoso que el de los reyes modernos, casi todos refrenados por las leyes en sus menores voluntades. De Marsay ejercía el poder autocrático del déspota oriental. Pero este poder, tan estúpidamente empleado en Asia por hombres embrutecidos, estaba decuplicado por la inteligencia europea, por el espíritu francés, el más vivo, el más acerado de todos los instrumentos intelectuales. Henri podía lo que quería en interés de sus placeres y de sus vanidades. Esta acción invisible sobre el mundo social lo había revestido de una majestad real, pero secreta, sin énfasis y replegada sobre sí misma. Tenía de sí mismo, no la opinión que Luis XIV podía tener de sí, sino la que los más orgullosos de los Califas, de los Faraones, de los Jerjes que se creían de raza divina, tenían de sí mismos, cuando imitaban a Dios velándose a sus súbditos, bajo el pretexto de que sus miradas daban la muerte. Así, sin tener ningún remordimiento de ser a la vez juez y parte, de Marsay condenaba fríamente a muerte al hombre o a la mujer que lo había ofendido seriamente. Aunque a menudo pronunciado casi a la ligera, el veredicto era irrevocable. Un error era una desgracia semejante a la que causa el rayo al caer sobre una parisina feliz en algún fiacre, en lugar de aplastar al viejo cochero que la conduce a una cita. Así, la broma amarga y profunda que distinguía la conversación de este joven causaba bastante generalmente espanto; nadie sentía el deseo de chocar con él. Las

mujeres aman prodigiosamente a esta gente que se llama a sí misma pachás, que parecen acompañados de leones, de verdugos, y caminan en un aparato de terror. Resulta de ello en estos hombres una seguridad de acción, una certeza de poder, una altivez de mirada, una conciencia leonina que realiza para las mujeres el tipo de fuerza que todas sueñan. Así era de Marsay.

Feliz en este momento de su porvenir, volvió a ser joven y flexible, y no pensaba más que en amar al irse a la cama. Soñó con la Muchacha de los ojos de oro como sueñan los jóvenes apasionados. Fueron imágenes monstruosas, extravagancias inasibles, llenas de luz, y que revelan los mundos invisibles, pero de una manera siempre incompleta, pues un velo interpuesto cambia las condiciones de la óptica. Al día siguiente y al subsiguiente, desapareció sin que se pudiera saber a dónde había ido. Su poder no le pertenecía más que bajo ciertas condiciones, y afortunadamente para él, durante esos dos días, fue simple soldado al servicio del demonio del que tenía su talismánica existencia. Pero a la hora convenida, por la noche, en el bulevar, esperó el coche, que no se hizo esperar. El mulato se acercó a Henri para decirle en francés una frase que parecía haber aprendido de memoria: —Si quiere venir, me ha dicho ella, hay que consentir en dejarse vendar los ojos.

Y Christemio mostró un pañuelo de seda blanca.

—¡No! —dijo Henri, cuya omnipotencia se rebeló de repente.

Y quiso subir. El mulato hizo una seña; el coche partió.

—¡Sí! —gritó de Marsay, furioso por perder una felicidad que se había prometido. Además, veía la imposibilidad de capitular con un esclavo cuya obediencia era tan ciega como la de un verdugo. Y además, ¿era sobre este instrumento pasivo donde debía caer su cólera?

El mulato silbó, el coche volvió. Henri subió precipitadamente. Ya algunos curiosos se agolpaban neciamente en el bulevar. Henri era fuerte, quiso burlarse del mulato. Cuando el coche partió al gran trote, le agarró las manos para dominarlo y poder conservar, al

someter a su vigilante, el ejercicio de sus facultades para saber a dónde iba. Intento inútil. Los ojos del mulato centellearon en la sombra. Este hombre lanzó gritos que la furia hacía expirar en su garganta, se zafó, rechazó a de Marsay con una mano de hierro, y lo clavó, por así decirlo, en el fondo del coche; luego, con su mano libre, sacó un puñal triangular, silbando. El cochero oyó el silbido y se detuvo. Henri estaba desarmado, se vio forzado a ceder; tendió la cabeza hacia el pañuelo. Este gesto de sumisión apaciguó a Christemio, que le vendó los ojos con un respeto y un cuidado que testimoniaban una suerte de veneración por la persona del hombre amado por su ídolo. Pero, antes de tomar esta precaución, había guardado su puñal con desconfianza en el bolsillo lateral y se abotonó hasta la barbilla.

—¡Me habría matado, ese chino! —se dijo de Marsay.

El coche rodó de nuevo rápidamente. Le quedaba un recurso a un joven que conocía París tan bien como lo conocía Henri. Para saber a dónde iba, le bastaba con recogerse, contar, por el número de arroyos franqueados, las calles por delante de las cuales pasarían en los bulevares mientras el coche continuara yendo recto. Podía así reconocer por qué calle lateral se dirigiría el coche, ya sea hacia el Sena, ya sea hacia las alturas de Montmartre, y adivinar el nombre o la posición de la calle donde su guía lo haría detenerse. Pero la violenta emoción que le había causado su lucha, la furia en que lo ponía su dignidad comprometida, las ideas de venganza a las que se entregaba, las suposiciones que le sugería el cuidado minucioso que tomaba esta chica misteriosa para hacerlo llegar hasta ella, todo le impidió tener esa atención de ciego, necesaria para la concentración de su inteligencia y para la perfecta perspicacia del recuerdo. El trayecto duró media hora. Cuando el coche se detuvo, ya no estaba sobre el empedrado. El mulato y el cochero tomaron a Henri en brazos, lo levantaron, lo pusieron sobre una especie de parihuela, y lo transportaron a través de un jardín del que sintió las flores y el olor particular de los árboles y de la verdura. El silencio que reinaba era tan profundo que pudo distinguir el ruido que hacían algunas gotas de agua al caer de las hojas húmedas. Los dos hombres lo

subieron por una escalera, lo hicieron levantar, lo condujeron a través de varias habitaciones, guiándolo por las manos, y lo dejaron en una habitación cuya atmósfera estaba perfumada y cuyo espeso tapiz sintió bajo sus pies. Una mano de mujer lo empujó sobre un diván y le desató el pañuelo. Henri vio a Paquita ante él, pero a Paquita en su gloria de mujer voluptuosa.

La mitad del tocador donde se encontraba Henri describía una línea circular suavemente graciosa, que se oponía a la otra parte perfectamente cuadrada, en medio de la cual brillaba una chimenea de mármol blanco y oro. Había entrado por una puerta lateral que ocultaba una rica portezuela de tapicería, y que hacía frente a una ventana. La herradura estaba adornada con un verdadero diván turco, es decir, un colchón puesto en el suelo, pero un colchón ancho como una cama, un diván de cincuenta pies de circunferencia, de cachemira blanca, realzado por borlas de seda negra y amapola, dispuestas en rombos. El respaldo de esta inmensa cama se elevaba varios centímetros por encima de los numerosos cojines que la enriquecían aún más por el gusto de sus adornos. Este tocador estaba tapizado con una tela roja, sobre la cual estaba puesta una muselina de la India acanalada como lo está una columna corintia, por tubos alternativamente cóncavos y redondos, sujetos arriba y abajo en una banda de tela color amapola sobre la cual estaban dibujados arabescos negros. Bajo la muselina, el color amapola se volvía rosa, color amoroso que repetían las cortinas de la ventana, que eran de muselina de la India forrada de tafetán rosa, y adornadas con franjas de color amapola mezclado con negro. Seis brazos de plata dorada, soportando cada uno dos velas, estaban sujetos a la pared a distancias iguales para iluminar el diván. El techo, en cuyo centro pendía una lámpara de araña de plata dorada mate, centelleaba de blancura, y la cornisa estaba dorada. La alfombra parecía un chal de Oriente, ofrecía sus diseños y recordaba las poesías de Persia, donde manos de esclavos la habían trabajado. Los muebles estaban cubiertos de cachemira blanca, realzados con adornos negros y de color amapola. El reloj, los candelabros, todo era de mármol blanco y oro. La única mesa que había tenía un

cachemir por tapete. Elegantes jardineras contenían rosas de todas las especies, flores blancas o rojas. En fin, el menor detalle parecía haber sido objeto de un cuidado tomado con amor. Jamás la riqueza se había escondido más coquetamente para convertirse en elegancia, para expresar la gracia, para inspirar la voluptuosidad. Allí todo habría calentado al ser más frío. Los reflejos del tapizado, cuyo color cambiaba según la dirección de la mirada, volviéndose o todo blanco, o todo rosa, se acordaban con los efectos de la luz que se infundía en los diáfanos tubos de la muselina, produciendo apariencias nebulosas. El alma tiene no sé qué apego por el blanco, el amor se complace en el rojo, y el oro halaga las pasiones, tiene el poder de realizar sus fantasías. Así, todo lo que el hombre tiene de vago y de misterioso en sí mismo, todas sus afinidades inexplicadas se encontraban acariciadas en sus simpatías involuntarias. Había en esta armonía perfecta un concierto de colores al que el alma respondía con ideas voluptuosas, indecisas, flotantes.

Fue en medio de una vaporosa atmósfera cargada de perfumes exquisitos donde Paquita, vestida con un peinador blanco, los pies descalzos, flores de azahar en sus cabellos negros, apareció ante Henri arrodillada, adorándolo como el dios de este templo adonde se había dignado venir. Aunque de Marsay estaba acostumbrado a ver los refinamientos del lujo parisino, se sorprendió ante el aspecto de esta concha, semejante a aquella en la que nació Venus. Ya fuera por efecto del contraste entre las tinieblas de las que salía y la luz que bañaba su alma, ya fuera por una comparación rápidamente hecha entre esta escena y la del primer encuentro, experimentó una de esas sensaciones delicadas que da la verdadera poesía. Al percibir, en medio de este reducto surgido de la varita de un hada, la obra maestra de la creación, esta muchacha cuya tez cálidamente coloreada, cuya piel suave, pero ligeramente dorada por los reflejos del rojo y por la efusión de no sé qué vapor de amor centelleaba como si hubiera reflejado los rayos de las luces y de los colores, su cólera, sus deseos de venganza, su vanidad herida, todo cayó. Como un águila que se abate sobre su presa, la tomó en brazos, la sentó en sus rodillas, y sintió con una indecible embriaguez la voluptuosa

presión de esta chica cuyas bellezas tan graciosamente desarrolladas lo envolvieron suavemente.

—¡Ven, Paquita! —dijo en voz baja.

—¡Habla! Habla sin temor —le dijo ella—. Este retiro ha sido construido para el amor. Ningún sonido se escapa de él, tanto se quiere ambiciosamente guardar los acentos y las músicas de la voz amada. Por fuertes que sean los gritos, no podrían ser oídos más allá de este recinto. Se puede asesinar a alguien aquí, sus quejas serían vanas como si estuviera en medio del Gran Desierto.

—¿Quién ha comprendido tan bien los celos y sus necesidades?

—No me preguntes nunca sobre eso —respondió ella, deshaciendo con una increíble gentileza de gesto la corbata del joven, sin duda para verle bien el cuello.

—¡Sí, ese es el cuello que tanto amo! —dijo—. ¿Quieres complacerme?

Esta interrogación, que el acento volvía casi lasciva, sacó a de Marsay de la ensoñación en la que lo había sumido la despótica respuesta con la que Paquita le había prohibido toda investigación sobre el ser desconocido que planeaba como una sombra sobre ellos.

—¿Y si quisiera saber quién reina aquí?

Paquita lo miró temblando.

—Entonces no soy yo —dijo él, levantándose y desembarazándose de esa chica que cayó de espaldas—. Quiero estar solo, donde estoy.

—¡Golpea! ¡Golpea! —dijo la pobre esclava presa del terror.

—¿Por quién me tomas? ¿Responderás?

Paquita se levantó suavemente, con los ojos llenos de lágrimas, fue a tomar de uno de los dos muebles de ébano un puñal y se lo ofreció a Henri con un gesto de sumisión que habría enternecido a un tigre.

—Dame una fiesta como las que dan los hombres cuando aman —dijo ella—, y mientras duerma, mátame, porque no sabría responderte. Escucha: estoy atada como un pobre animal a su estaca; me asombra haber podido tender un puente sobre el abismo que nos separa. Embriágame, luego mátame. ¡Oh, no, no! —dijo juntando las manos—, ¡no me mates! ¡Amo la vida! ¡La vida es tan bella para mí! Si soy esclava, también soy reina. Podría engañarte con palabras, decirte que solo te amo a ti, demostrártelo, aprovechar mi imperio momentáneo para decirte: «Tómame como se prueba de paso el perfume de una flor en el jardín de un rey». Luego, después de haber desplegado la astuta elocuencia de la mujer y las alas del placer, después de haber saciado mi sed, podría hacer que te arrojaran a un pozo donde nadie te encontraría, y que ha sido construido para satisfacer la venganza sin tener que temer la de la justicia, un pozo lleno de cal que se encendería para consumirte sin que se encontrara una partícula de tu ser. Quedarías en mi corazón, para mí por siempre.

Henri miró a esta chica sin temblar, y esa mirada sin miedo la colmó de alegría.

—¡No, no lo haré! No has caído aquí en una trampa, sino en un corazón de mujer que te adora, y soy yo la que será arrojada al pozo.

—Todo esto me parece prodigiosamente divertido —le dijo de Marsay examinándola—. Pero me pareces una buena chica, una naturaleza extraña; eres, palabra de honor, un acertijo viviente cuya solución me parece muy difícil de encontrar.

Paquita no comprendió nada de lo que decía el joven; lo miró suavemente, abriendo unos ojos que nunca podían ser tontos, tanta voluptuosidad se pintaba en ellos.

—Toma, amor mío —dijo ella volviendo a su primera idea—, ¿quieres complacerme?

—Haré todo lo que quieras, e incluso lo que no quieras —respondió riendo de Marsay, que recuperó su desenvoltura de dandi

al tomar la resolución de dejarse llevar por el curso de su buena fortuna sin mirar ni atrás ni adelante. Además, quizás contaba con su poder y su pericia de hombre de buenas fortunas para dominar unas horas más tarde a esta chica y arrancarle todos sus secretos.

—¡Pues bien! —le dijo ella—, déjame arreglarte a mi gusto.

—Pues ponme a tu gusto —dijo Henri.

Paquita, gozosa, fue a tomar de uno de los dos muebles un vestido de terciopelo rojo, con el que vistió a de Marsay, luego le puso un gorro de mujer y lo envolvió en un chal. Al entregarse a sus locuras, hechas con una inocencia de niña, reía con una risa convulsiva, y se parecía a un pájaro batiendo las alas; pero no veía nada más allá.

Si es imposible pintar las delicias inauditas que encontraron estas dos bellas criaturas hechas por el cielo en un momento en que estaba alegre, quizás sea necesario traducir metafísicamente las impresiones extraordinarias y casi fantásticas del joven. Lo que la gente que se encuentra en la situación social en la que estaba de Marsay y que vive como él vivía, sabe reconocer mejor, es la inocencia de una chica. Pero, icosa extraña! si la Muchacha de los ojos de oro era virgen, ciertamente no era inocente. La unión tan extraña de lo misterioso y lo real, de la sombra y la luz, de lo horrible y lo bello, del placer y el peligro, del paraíso y el infierno, que ya se había encontrado en esta aventura, continuaba en el ser caprichoso y sublime con el que jugaba de Marsay. Todo lo que la voluptuosidad más refinada tiene de más sabio, todo lo que podía conocer Henri de esa poesía de los sentidos que se llama amor, fue superado por los tesoros que desplegó esta chica cuyos ojos chispeantes no mintieron a ninguna de las promesas que hacían. Fue un poema oriental, donde irradiaba el sol que Saadi, Hafiz han puesto en sus saltarinas estrofas. Solo que, ni el ritmo de Saadi, ni el de Píndaro habrían expresado el éxtasis lleno de confusión y el estupor del que esta deliciosa chica fue presa cuando cesó el error en el que una mano de hierro la hacía vivir.

—¡Muerta! —dijo ella—. ¡Estoy muerta! Adolphe, llévame pues al fin de la tierra, a una isla donde nadie nos conozca. ¡Que nuestra huida no deje rastro! Seríamos seguidos hasta el infierno. ¡Dios! Ya es de día. ¡Huye! ¿Te volveré a ver alguna vez? Sí, mañana, quiero volver a verte, aunque para tener esa felicidad deba dar la muerte a todos mis vigilantes. Hasta mañana.

Lo apretó en sus brazos con un abrazo en el que había terror a la muerte. Luego pulsó un resorte que debía responder a una campanilla, y suplicó a de Marsay que se dejara vendar los ojos.

—¿Y si ya no quisiera, y si quisiera quedarme aquí?

—Causarías más prontamente mi muerte —dijo ella—; ¡porque ahora estoy segura de morir por ti!

Henri se dejó hacer. Se encuentra en el hombre que acaba de saciarse de placer una pendiente al olvido, no sé qué ingratitud, un deseo de libertad, una fantasía de ir a pasear, un tinte de desprecio y quizás de asco por su ídolo, se encuentran en fin inexplicables sentimientos que lo vuelven infame e innoble. La certeza de esta afección confusa, pero real en las almas que no están ni iluminadas por esa luz celeste, ni perfumadas de ese bálsamo santo de donde nos viene la pertinencia del sentimiento, ha dictado sin duda a Rousseau las aventuras de milord Édouard, con las que terminan las cartas de La Nueva Eloísa . Si Rousseau se inspiró evidentemente en la obra de Richardson, se alejó de ella por mil detalles que dejan su monumento magníficamente original; lo recomendó a la posteridad por grandes ideas que es difícil desgajar por el análisis, cuando, en la juventud, se lee esta obra con el designio de encontrar en ella la cálida pintura del más físico de nuestros sentimientos, mientras que los escritores serios y filósofos nunca emplean sus imágenes más que como la consecuencia o la necesidad de un vasto pensamiento; y las aventuras de milord Édouard son una de las ideas más europeamente delicadas de esta obra.

Henri se encontraba, pues, bajo el imperio de ese sentimiento confuso que no conoce el verdadero amor. Hacía falta en cierto

modo el persuasivo dictamen de las comparaciones y el atractivo irresistible de los recuerdos para devolverlo a una mujer. El verdadero amor reina sobre todo por la memoria. La mujer que no se ha grabado en el alma ni por el exceso del placer, ni por la fuerza del sentimiento, ¿puede esa ser amada alguna vez? Sin que Henri lo supiera, Paquita se había establecido en él por estos dos medios. Pero en ese momento, entregado por completo a la fatiga de la felicidad, esa deliciosa melancolía del cuerpo, apenas podía analizar su corazón mientras retomaba en sus labios el sabor de las más vivas voluptuosidades que había desgranado hasta entonces. Se encontró en el bulevar Montmartre al amanecer, miró estúpidamente el carruaje que huía, sacó dos puros de su bolsillo, encendió uno con la linterna de una buena mujer que vendía aguardiente y café a los obreros, a los pilluelos, a los hortelanos, a toda esa población parisina que comienza su vida antes del día; luego se fue, fumando su puro, y metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón con una despreocupación verdaderamente deshonrosa.

—¡Qué cosa tan buena un puro! De eso un hombre nunca se cansará —se dijo.

¡Apenas pensaba en aquella Muchacha de los ojos de oro de la que se pirraba en esa época toda la juventud elegante de París! La idea de la muerte expresada a través de los placeres, y cuyo temor había ensombrecido en varias ocasiones la frente de esta bella criatura que se vinculaba a las huríes de Asia por su madre, a Europa por su educación, a los Trópicos por su nacimiento, le parecía una de esas artimañas con las que todas las mujeres intentan hacerse interesantes.

—Es de La Habana, del país más español que hay en el Nuevo Mundo; así que ha preferido jugar al terror que echarme a la cara el sufrimiento, la dificultad, la coquetería o el deber, como hacen las parisinas. Por sus ojos de oro, tengo muchas ganas de dormir.

Vio un cabriolé de plaza, que estacionaba en la esquina de Frascati, esperando a algunos jugadores, lo despertó, se hizo conducir a su casa, se acostó y se durmió con el sueño de los

granujas, el cual, por una rareza de la que ningún coplero ha sacado partido todavía, resulta ser tan profundo como el de la inocencia. Quizás sea un efecto de ese axioma proverbial: «los extremos se tocan».

Hacia mediodía, de Marsay se desperezó al despertarse y sintió los ataques de una de esas hambres caninas que todos los viejos soldados pueden recordar haber experimentado al día siguiente de la victoria. Así, vio ante él a Paul de Manerville con placer, pues nada es entonces más agradable que comer en compañía.

—Bueno —le dijo su amigo—, todos imaginábamos que te habías encerrado desde hace diez días con la Muchacha de los ojos de oro.

—¡La Muchacha de los ojos de oro! Ya no pienso en ella. ¡Por mi fe, tengo otros gatos que azotar!

—¡Ah, te haces el discreto!

—¿Por qué no? —dijo riendo de Marsay—. Querido, la discreción es el más hábil de los cálculos. Escucha... Pero no, no te diré ni una palabra. Nunca me enseñas nada, no estoy dispuesto a dar en balde los tesoros de mi política. La vida es un río que sirve para hacer comercio. Por todo lo más sagrado que hay en la tierra, por los puros, no soy un profesor de economía social puesta al alcance de los necios. Desayunemos. Es menos costoso darte una tortilla de atún que prodigarte mi cerebro.

—¿Haces cuentas con tus amigos?

—Querido —dijo Henri, que rara vez se negaba una ironía—, como podría sucederte, sin embargo, como a cualquier otro, necesitar discreción, y como te quiero mucho... ¡Sí, te quiero! Palabra de honor, si no te hiciera falta más que un billete de mil francos para impedirte pegarte un tiro, lo encontrarías aquí, pues todavía no hemos hipotecado nada allá abajo, ¿eh, Paul? Si te batieras mañana, mediría la distancia y cargaría las pistolas, para que te mataran según las reglas. En fin, si alguna persona que no fuera yo se atreviera a hablar mal de ti en tu ausencia, tendría que medirse con un rudo caballero que se encuentra en mi piel, eso es lo que yo

llamo una amistad a toda prueba. Pues bien, cuando necesites discreción, pequeño, aprende que existen dos especies de discreción: la discreción activa y la discreción negativa. La discreción negativa es la de los tontos que emplean el silencio, la negación, el aire hosco, la discreción de las puertas cerradas, i verdadera impotencia! La discreción activa procede por afirmación. Si esta noche, en el Círculo, dijera: «¡Palabra de honor, la Muchacha de los ojos de oro no valía lo que me ha costado!», todo el mundo, cuando me hubiera ido, exclamaría: «¿Habéis oído a ese dandi de de Marsay que querría hacernos creer que ya ha tenido a la Muchacha de los ojos de oro? Querría así desembarazarse de sus rivales, no es torpe». Pero esta astucia es vulgar y peligrosa. Por grande que sea la necedad que se nos escapa, siempre se encuentran tontos que pueden creerla. La mejor de las discreciones es la que usan las mujeres hábiles cuando quieren dar el pego a sus maridos. Consiste en comprometer a una mujer que no nos importa, o que no amamos, o que no tenemos, para conservar el honor de la que amamos lo suficiente como para respetarla. Es lo que yo llamo la «mujer-pantalla». ¡Ah, aquí está Laurent! ¿Qué nos traes?

—Ostras de Ostende, señor conde...

—Algún día sabrás, Paul, cuán divertido es burlarse del mundo robándole el secreto de nuestros afectos. Experimento un inmenso placer al escapar de la estúpida jurisdicción de la masa que nunca sabe ni lo que quiere ni lo que se le hace querer, que toma el medio por el resultado, que alternativamente adora y maldice, eleva y destruye. ¡Qué felicidad imponerle emociones y no recibirlas, domarla, no obedecerle jamás! Si se puede estar orgulloso de algo, ¿no es de un poder adquirido por uno mismo, del que somos a la vez la causa, el efecto, el principio y el resultado? Pues bien, ningún hombre sabe a quién amo, ni lo que quiero. Quizás se sabrá a quién he amado, lo que habré querido, como se saben los dramas consumados; pero ¿dejar ver mi juego?... debilidad, engaño. No conozco nada más despreciable que la fuerza interpretada por la astucia. Me inicio riendo en el oficio de embajador, ¡si es que la

diplomacia es tan difícil como lo es la vida! Lo dudo. ¿Tienes ambición? ¿Quieres llegar a ser algo?

—Pero, Henri, te burlas de mí, como si no fuera lo bastante mediocre para llegar a todo.

—¡Bien, Paul! Si continúas burlándote de ti mismo, pronto podrás burlarte de todo el mundo.

Mientras desayunaba, de Marsay comenzó, cuando llegó a fumar sus puros, a ver los acontecimientos de su noche bajo una luz singular. Como muchos grandes espíritus, su perspicacia no era espontánea, no penetraba de golpe en el fondo de las cosas. Como en todas las naturalezas dotadas de la facultad de vivir mucho en el presente, de exprimir por así decir su jugo y devorarlo, su segunda vista necesitaba una especie de sueño para identificarse con las causas. El cardenal de Richelieu era así, lo que no excluía en él el don de previsión necesario para la concepción de grandes cosas. De Marsay se encontraba en todas estas condiciones, pero al principio no usó sus armas más que en provecho de sus placeres, y no se convirtió en uno de los hombres políticos más profundos de la época actual hasta que se hubo saturado de los placeres en los que piensa ante todo un joven cuando tiene oro y poder. El hombre se curte así: desgasta a la mujer, para que la mujer no pueda desgastarlo a él.

En este momento, pues, de Marsay se percató de que había sido engañado por la Muchacha de los ojos de oro, al ver en su conjunto esa noche cuyos placeres no habían hecho más que gotear gradualmente para terminar desbordándose a torrentes. Pudo entonces leer en esa página tan brillante de efecto, adivinar su sentido oculto. La inocencia puramente física de Paquita, el asombro de su alegría, algunas palabras al principio oscuras y ahora claras, escapadas en medio de la alegría, todo le probó que había posado para otra persona. Como ninguna de las corrupciones sociales le era desconocida, como profesaba respecto a todos los caprichos una perfecta indiferencia y los creía justificados por el simple hecho de que pudieran satisfacerse, no se asustó del vicio, lo conocía como se conoce a un amigo, pero le hirió haberle servido de pasto. Si sus

presunciones eran justas, había sido ultrajado en lo más vivo de su ser. Esta sola sospecha lo enfureció, dejó escapar el rugido del tigre del que una gacela se habría burlado, el grito de un tigre que unía a la fuerza de la bestia la inteligencia del demonio.

—Y bien, ¿qué te pasa? —le dijo Paul.

—¡Nada!

—No querría, si te preguntaran si tienes algo contra mí, que respondieras un «nada» semejante, sin duda tendríamos que batirnos al día siguiente.

—Ya no me bato —dijo de Marsay.

—Eso me parece aún más trágico. ¿Asesinas, entonces?

—Tergiversas las palabras. Ejecuto.

—Amigo mío —dijo Paul—, tus bromas están muy negras esta mañana.

—¿Qué quieres? La voluptuosidad conduce a la ferocidad. ¿Por qué? No lo sé, y no soy lo bastante curioso para buscar la causa. Estos puros son excelentes. Dale té a tu amigo. ¿Sabes, Paul, que llevo una vida de bruto? Sería ya hora de elegir un destino, de emplear mis fuerzas en algo que valiera la pena vivir. La vida es una comedia singular. Estoy espantado, me río de la inconsecuencia de nuestro orden social. El gobierno hace cortar la cabeza a pobres diablos que han matado a un hombre, y patenta a criaturas que despachan, médicamente hablando, a una docena de jóvenes cada invierno. La moral no tiene fuerza contra una docena de vicios que destruyen la sociedad y que nada puede castigar. ¿Otra taza? ¡Palabra de honor! El hombre es un bufón que baila sobre un precipicio. Se nos habla de la inmoralidad de Las amistades peligrosas, y de no sé qué otro libro que tiene nombre de doncella; pero existe un libro horrible, sucio, espantoso, corruptor, siempre abierto, que nunca se cerrará, el gran libro del mundo, sin contar otro libro mil veces más peligroso, que se compone de todo lo que

se dice al oído, entre hombres, o bajo el abanico entre mujeres, por la noche, en el baile.

—Henri, ciertamente algo extraordinario te pasa, y se nota a pesar de tu discreción activa.

—¡Sí! Mira, tengo que devorar el tiempo hasta esta noche. Vayamos al juego. Quizás tenga la suerte de perder.

De Marsay se levantó, tomó un puñado de billetes de banco, los enrolló en su cigarrera, se vistió y aprovechó el coche de Paul para ir al Salón de los Extranjeros donde, hasta la cena, consumió el tiempo en esas emocionantes alternativas de pérdida y ganancia que son el último recurso de las organizaciones fuertes, cuando se ven obligadas a ejercitarse en el vacío. Por la noche, acudió a la cita y se dejó vendar los ojos complacientemente. Luego, con esa firme voluntad que solo los hombres verdaderamente fuertes tienen la facultad de concentrar, prestó su atención y aplicó su inteligencia para adivinar por qué calles pasaba el coche. Tuvo una especie de certeza de ser conducido a la rue Saint-Lazare, y de ser detenido en la pequeña puerta del jardín del palacete San-Réal. Cuando pasó, como la primera vez, esa puerta y fue puesto en una parihuela llevada sin duda por el mulato y por el cochero, comprendió, al oír crujir la arena bajo sus pies, por qué se tomaban precauciones tan minuciosas. Habría podido, si hubiera estado libre, o si hubiera caminado, coger una rama de arbusto, mirar la naturaleza de la arena que se habría pegado a sus botas; mientras que, transportado por así decir aéreamente a un palacete inaccesible, su buena fortuna debía ser lo que había sido hasta entonces, un sueño. Pero, para la desesperación del hombre, no puede hacer nada que no sea imperfecto, ya sea en el bien o en el mal. Todas sus obras intelectuales o físicas están firmadas por una marca de destrucción. Había llovido ligeramente, la tierra estaba húmeda. Durante la noche, ciertos olores vegetales son mucho más fuertes que durante el día, Henri sintió pues los perfumes del resedá a lo largo de la avenida por la que era transportado. Esta indicación debía esclarecerlo en las investigaciones que se prometía hacer para

reconocer el palacete donde se encontraba el tocador de Paquita. Estudió del mismo modo los rodeos que sus portadores hicieron en la casa, y creyó poder recordarlos. Se vio como la víspera en la otomana, ante Paquita que le desataba la venda; pero la vio pálida y cambiada. Había llorado. Arrodillada como un ángel en oración, pero como un ángel triste y profundamente melancólico, la pobre chica ya no se parecía a la criatura curiosa, impaciente y saltarina que había tomado a de Marsay en sus alas para transportarlo al séptimo cielo del amor. Había algo tan verdadero en esa desesperación velada por el placer, que el terrible de Marsay sintió en sí mismo una admiración por esta nueva obra maestra de la naturaleza, y olvidó momentáneamente el interés principal de esta cita.

—¿Qué te pasa, mi Paquita?

—Amigo mío —dijo ella—, illévame, esta misma noche! Arrójame a alguna parte donde no puedan decir al verme: «Aquí está Paquita»; donde nadie responda: «Aquí hay una chica de mirada dorada, que tiene largos cabellos». Allí te daré placeres tantos como quieras recibir de mí. Luego, cuando ya no me ames, me dejarás, no me quejaré, no diré nada; y mi abandono no deberá causarte ningún remordimiento, pues un día pasado junto a ti, un solo día durante el cual te haya mirado, me habrá valido toda una vida. Pero si me quedo aquí, estoy perdida.

—No puedo dejar París, pequeña —respondió Henri—. No me pertenezco, estoy ligado por un juramento al destino de varias personas que son más como yo soy de ellas. Pero puedo hacerte en París un asilo adonde ningún poder humano llegará.

—No —dijo ella—, olvidas el poder femenino.

Jamás una frase pronunciada por una voz humana expresó más completamente el terror.

—¿Quién podría, pues, llegar a ti, si me pongo entre tú y el mundo?

—¡El veneno! —dijo—. Doña Concha ya sospecha de ti. Y — prosiguió dejando correr lágrimas que brillaron a lo largo de sus

mejillas—, es muy fácil ver que ya no soy la misma. Pues bien, si me abandonas a la furia del monstruo que me devorará, ¡que tu santa voluntad sea hecha! Pero ven, haz que haya todas las voluptuosidades de la vida en nuestro amor. Además, suplicaré, lloraré, gritaré, me defenderé, quizás me salve.

—¿A quién implorarás? —dijo él.

—¡Silencio! —replicó Paquita—. Si obtengo mi gracia, será quizás por mi discreción.

—Dame mi vestido —dijo insidiosamente Henri.

—No, no —respondió ella vivamente—, quédate como eres, uno de esos ángeles que me habían enseñado a odiar, y en los que no veía más que monstruos, mientras que vosotros sois lo más bello que hay bajo el cielo —dijo acariciando los cabellos de Henri—. ¿No sabes hasta qué punto soy idiota? No he aprendido nada. Desde los doce años, estoy encerrada sin haber visto a nadie. No sé ni leer ni escribir, solo hablo inglés y español.

—¿Cómo es entonces que recibes cartas de Londres?

—¡Mis cartas! ¡Toma, aquí están! —dijo yendo a coger algunos papeles de un largo jarrón de Japón.

Entregó a de Marsay unas cartas en las que el joven vio con sorpresa unas figuras extrañas, semejantes a las de los jeroglíficos, trazadas con sangre, y que expresaban frases llenas de pasión.

—Pero —exclamó admirando estos jeroglíficos creados por una hábil celosa—, ¿estás bajo el poder de un genio infernal?

—Infernal —repitió ella.

—Pero, ¿cómo has podido salir...?

—¡Ah! —dijo ella—, de ahí viene mi perdición. He puesto a doña Concha entre el miedo a una muerte inmediata y una cólera futura. Tenía una curiosidad de demonio, quería romper este círculo de bronce que se había trazado entre la creación y yo, quería ver qué eran los jóvenes, pues de hombres no conozco más que al marqués

y a Christemio. Nuestro cochero y el lacayo que nos acompaña son viejos...

—Pero, ¿no estabas siempre encerrada? Tu salud quería...

—¡Ah! —replicó ella—, paseábamos, pero por la noche y en el campo, a orillas del Sena, lejos del mundo.

—¿No estás orgullosa de ser amada así?

—¡No —dijo—, ya no! Aunque muy llena, esta vida oculta no es más que tinieblas en comparación con la luz.

—¿Qué llamas tú la luz?

—¡Tú, mi bello Adolphe! Tú, por quien daría mi vida. ¡Todas las cosas de pasión que me han dicho y que yo inspiraba, las siento por ti! Durante ciertos momentos no comprendía nada de la existencia, pero ahora sé cómo amamos, y hasta ahora solo era amada, yo no amaba. Lo dejaría todo por ti, llévame. Si quieres, tómame como un juguete, pero déjame cerca de ti hasta que me rompas.

—¿No te arrepentirás?

—¡Ni uno solo! —dijo dejando leer en sus ojos cuyo tinte de oro permanecía puro y claro.

—¿Soy el preferido? —se dijo Henri a sí mismo, quien, si bien entreveía la verdad, se encontraba entonces dispuesto a perdonar la ofensa en favor de un amor tan ingenuo—. Ya veremos —pensó.

Si Paquita no le debía ninguna cuenta del pasado, el menor recuerdo se convertía en un crimen a sus ojos. Tuvo, pues, la triste fuerza de tener un pensamiento propio, de juzgar a su amante, de estudiarla mientras se abandonaba a los placeres más arrebatadores que jamás una Peri descendida de los cielos haya encontrado para su bienamado. Paquita parecía haber sido creada para el amor, con un cuidado especial de la naturaleza. De una noche a otra, su genio de mujer había hecho los más rápidos progresos. Cualquiera que fuera el poder de este joven, y su despreocupación en materia de placeres, a pesar de su saciedad de la víspera, encontró en la

Muchacha de los ojos de oro ese serallo que sabe crear la mujer amante y al que un hombre nunca renuncia. Paquita respondía a esa pasión que sienten todos los hombres verdaderamente grandes por el infinito, pasión misteriosa tan dramáticamente expresada en Fausto, tan poéticamente traducida en Manfred, y que impulsaba a Don Juan a hurgar en el corazón de las mujeres, esperando encontrar en él ese pensamiento sin límites a cuya búsqueda se lanzan tantos cazadores de espectros, que los sabios creen entrever en la ciencia, y que los místicos encuentran solo en Dios. La esperanza de tener por fin el Ser ideal con el que la lucha podía ser constante sin fatiga, arrebató a de Marsay, quien, por primera vez desde hacía mucho tiempo, abrió su corazón. Sus nervios se relajaron, su frialdad se fundió en la atmósfera de esa alma ardiente, sus doctrinas tajantes volaron, y la felicidad coloreó su existencia, como lo estaba ese tocador blanco y rosa. Al sentir el aguijón de una voluptuosidad superior, fue arrastrado más allá de los límites en los que hasta entonces había encerrado la pasión. No quiso ser superado por esta chica que un amor en cierto modo artificial había formado de antemano para las necesidades de su alma, y entonces encontró, en esa vanidad que empuja al hombre a permanecer en todo vencedor, fuerzas para dominar a esta chica; pero también, arrojado más allá de esa línea donde el alma es dueña de sí misma, se perdió en esos limbos deliciosos que el vulgo nombra tan neciamente los «espacios imaginarios». Fue tierno, bueno y comunicativo. Volvió a Paquita casi loca.

—¿Por qué no iríamos a Sorrento, a Niza, a Chiavari, a pasar toda nuestra vida así? ¿Quieres? —decía a Paquita con una voz penetrante.

—¿Acaso necesitas decirme: «¿Quieres?» —exclamó ella—. ¿Tengo yo una voluntad? No soy algo fuera de ti más que para ser un placer para ti. Si quieres elegir un retiro digno de nosotros, Asia es el único país donde el amor puede desplegar sus alas...

—Tienes razón —replicó Henri—. Vayamos a las Indias, allí donde la primavera es eterna, donde la tierra no tiene más que flores,

donde el hombre puede desplegar el aparato de los soberanos, sin que se glose como en los países tontos donde se quiere realizar la plana quimera de la igualdad. Vayamos a la comarca donde se vive en medio de un pueblo de esclavos, donde el sol ilumina siempre un palacio que permanece blanco, donde se siembran perfumes en el aire, donde los pájaros cantan el amor, y donde se muere cuando ya no se puede amar...

—¡Y donde se muere juntos! —dijo Paquita—. Pero no partamos mañana, partamos al instante, llevemos a Christemio.

—Por mi fe, el placer es el más bello desenlace de la vida. Vayamos a Asia, ¡pero para partir, niña, hace falta mucho oro, y para tener oro, hay que arreglar los asuntos!

Ella no comprendía nada de estas ideas.

—¡Oro, hay aquí hasta aquí arriba! —dijo levantando la mano.

—No es mío.

—¿Qué importa? —replicó ella—. Si lo necesitamos, tomémoslo.

—No te pertenece.

—¡Pertenercer! —repitió—. ¿No me has tomado tú a mí? Cuando lo hayamos tomado, nos pertenecerá.

Él se echó a reír.

—¡Pobre inocente! No sabes nada de las cosas de este mundo.

—No, pero sé esto —exclamó ella atrayendo a Henri hacia sí.

En el mismo momento en que de Marsay lo olvidaba todo y concebía el deseo de apropiarse para siempre de esta criatura, recibió en medio de su alegría un golpe de puñal que atravesó de parte a parte su corazón, mortificado por primera vez. Paquita, que lo había levantado vigorosamente en el aire como para contemplarlo, había exclamado: —¡Oh, Mariquita!

—¡Mariquita! —gritó el joven rugiendo—. ¡Ahora sé todo lo que aún quería dudar!

Saltó hacia el mueble donde estaba encerrado el largo puñal. Afortunadamente para ella y para él, el armario estaba cerrado. Su rabia se acrecentó con este obstáculo; pero recobró la tranquilidad, fue a tomar su corbata y se avanzó hacia ella con un aire tan ferozmente significativo que, sin saber de qué crimen era culpable, Paquita comprendió sin embargo que se trataba para ella de morir. Entonces se lanzó de un solo salto al otro extremo de la habitación para evitar el nudo fatal que de Marsay quería pasarle alrededor del cuello. Hubo un combate. De una y otra parte, la flexibilidad, la agilidad, el vigor fueron iguales. Para terminar la lucha, Paquita arrojó a las piernas de su amante un cojín que lo hizo caer, y aprovechó el respiro que le dejó esta ventaja para pulsar el gatillo del resorte al que respondía una advertencia. El mulato llegó bruscamente. En un abrir y cerrar de ojos, Christemio saltó sobre de Marsay, lo derribó, le puso el pie en el pecho, con el talón vuelto hacia la garganta. De Marsay comprendió que si se debatía sería aplastado al instante a una sola seña de Paquita.

—¿Por qué querías matarme, amor mío? —le dijo ella.

De Marsay no respondió.

—¿En qué te he disgustado? —le dijo ella—. Habla, expliquémonos.

Henri guardó la actitud flemática del hombre fuerte que se siente vencido; un continente frío, silencioso, muy inglés, que anunciaba la conciencia de su dignidad por una resignación momentánea. Además, ya había pensado, a pesar del arrebató de su cólera, que era poco prudente comprometerse con la justicia matando a esta chica de improviso y sin haber preparado el asesinato de manera que se asegurara la impunidad.

—Amado mío —replicó Paquita—, iháblame; no me dejes sin un adiós de amor! No querría guardar en mi corazón el espanto que acabas de poner en él. ¿Hablarás? —dijo golpeando el suelo con el pie con cólera.

De Marsay le lanzó por respuesta una mirada que significaba tan bien «¡morirás!», que Paquita se precipitó sobre él.

—¡Y bien! ¿quieres matarme? Si mi muerte puede darte placer, imátame!

Hizo una seña a Christemio, que levantó su pie de encima del joven y se fue sin dejar ver en su rostro que emitiera un juicio bueno o malo sobre Paquita.

—¡He ahí un hombre! —dijo de Marsay mostrando al mulato con un gesto sombrío—. No hay más devoción que la que obedece a la amistad sin juzgarla. Tienes en este hombre un verdadero amigo.

—Te lo daré si quieres —respondió ella—; te servirá con la misma devoción que tiene por mí si se lo recomiendo.

Esperó una palabra de respuesta, y prosiguió con un acento lleno de ternura: —Adolphe, dime pues una buena palabra. Pronto será de día.

Henri no respondió. Este joven tenía una triste cualidad, pues se considera como una gran cosa todo lo que se parece a la fuerza, y a menudo los hombres divinizan extravagancias. Henri no sabía perdonar. El saber rectificar, que ciertamente es una de las gracias del alma, era un sin sentido para él. La ferocidad de los hombres del Norte, cuya sangre inglesa está bastante fuertemente teñida, le había sido transmitida por su padre. Era inquebrantable tanto en sus buenos como en sus malos sentimientos. La exclamación de Paquita fue tanto más horrible para él cuanto que había sido destronado del más dulce triunfo que jamás hubiera engrandecido su vanidad de hombre. La esperanza, el amor y todos los sentimientos se habían exaltado en él, todo había llameado en su corazón y en su inteligencia; luego estas antorchas, encendidas para iluminar su vida, habían sido sopladas por un viento frío. Paquita, estupefacta, no tuvo en su dolor más fuerza que la de dar la señal de la partida.

—Esto es inútil —dijo arrojando la venda—. Si ya no me ama, si me odia, todo ha terminado.

Esperó una mirada, no la obtuvo, y cayó medio muerta. El mulato lanzó sobre Henri una ojeada tan espantosamente significativa que hizo temblar, por primera vez en su vida, a este joven, a quien nadie negaba el don de una rara intrepidez. «Si no la amas bien, si le causas la menor pena, te mataré.» Tal era el sentido de esa rápida mirada. De Marsay fue conducido con cuidados casi serviles a lo largo de un corredor iluminado por tragaluces, y al final del cual salió por una puerta secreta a una escalera oculta que conducía al jardín del palacete San-Réal. El mulato lo hizo caminar con precaución a lo largo de una alameda de tilos que desembocaba en una pequeña puerta que daba a una calle desierta en esa época. De Marsay lo observó todo bien, el coche lo esperaba; esta vez el mulato no lo acompañó; y, en el momento en que Henri asomó la cabeza por la portezuela para volver a ver los jardines y el palacete, se encontró con los ojos blancos de Christemio, con el que intercambió una mirada. De una y otra parte fue una provocación, un desafío, el anuncio de una guerra de salvajes, de un duelo donde cesaban las leyes ordinarias, donde la traición, donde la perfidia era un medio admitido. Christemio sabía que Henri había jurado la muerte de Paquita. Henri sabía que Christemio quería matarlo antes de que él matara a Paquita. Ambos se entendieron a las mil maravillas.

—La aventura se complica de una manera bastante interesante — se dijo Henri.

—¿Adónde va el señor? —le preguntó el cochero.

De Marsay se hizo conducir a casa de Paul de Manerville.

Durante más de una semana, Henri estuvo ausente de su casa, sin que nadie pudiera saber ni lo que hizo durante ese tiempo, ni en qué lugar permaneció. Este retiro lo salvó de la furia del mulato y causó la pérdida de la pobre criatura que había puesto toda su esperanza en aquel a quien amaba como jamás ninguna criatura amó en esta tierra.

El último día de esa semana, hacia las once de la noche, Henri regresó en coche a la pequeña puerta del jardín del palacete San-

Réal. Tres hombres lo acompañaban. El cochero era evidentemente uno de sus amigos, pues se irguió en su asiento, como un hombre que quería, como una atenta centinela, escuchar el menor ruido. Uno de los otros tres se quedó fuera de la puerta, en la calle; el segundo permaneció de pie en el jardín, apoyado en el muro; el último, que tenía en la mano un manojo de llaves, acompañó a de Marsay.

—Henri —le dijo su compañero—, estamos traicionados.

—¿Por quién, mi buen Ferragus?

—No duermen todos —respondió el jefe de los Devoradores—: es absolutamente necesario que alguien de la casa no haya ni bebido ni comido. Mira, ve esa luz.

—Tenemos el plano de la casa, ¿de dónde viene?

—No necesito el plano para saberlo —respondió Ferragus—; viene de la habitación de la marquesa.

—¡Ah! —gritó de Marsay—. Sin duda habrá llegado de Londres hoy. ¡Esa mujer me habrá arrebatado hasta mi venganza! Pero, si se me ha adelantado, mi buen Gratien, la entregaremos a la justicia.

—¡Escucha, pues! El asunto está hecho —dijo Ferragus a Henri.

Los dos amigos prestaron oído y oyeron gritos débiles que habrían enternecido a tigres.

—Tu marquesa no pensó que los sonidos saldrían por el tubo de la chimenea —dijo el jefe de los Devoradores con la risa de un crítico encantado de descubrir un fallo en una bella obra.

—Solo nosotros sabemos preverlo todo —dijo Henri—. Espérame, quiero ir a ver cómo va la cosa allá arriba, para aprender la manera en que se tratan sus querellas domésticas. ¡Por el nombre de Dios, creo que la está cociendo a fuego lento!

De Marsay trepó ágilmente la escalera que conocía y reconoció el camino del tocador. Cuando abrió la puerta, sintió el escalofrío involuntario que causa al hombre más decidido la vista de la sangre

derramada. El espectáculo que se ofreció a sus miradas tuvo, además, para él más de una causa de asombro. La marquesa era mujer: había calculado su venganza con esa perfección de perfidia que distingue a los animales débiles. Había disimulado su cólera para asegurarse del crimen antes de castigarlo.

—¡Demasiado tarde, amado mío! —dijo Paquita moribunda, cuyos ojos pálidos se volvieron hacia de Marsay.

La Muchacha de los ojos de oro expiraba ahogada en sangre. Todas las antorchas encendidas, un perfume delicado que se hacía sentir, cierto desorden donde el ojo de un hombre de buenas fortunas debía reconocer locuras comunes a todas las pasiones, anunciaban que la marquesa había interrogado sabiamente a la culpable. Este apartamento blanco, donde la sangre aparecía tan bien, traicionaba un largo combate. Las manos de Paquita estaban impresas en los cojines. Por todas partes se había aferrado a la vida, por todas partes se había defendido, y por todas partes había sido golpeada. Jirones enteros del tapizado acanalado estaban arrancados por sus manos ensangrentadas, que sin duda habían luchado largo tiempo. Paquita debía haber intentado escalar el techo. Sus pies descalzos estaban marcados a lo largo del respaldo del diván, sobre el que sin duda había corrido. Su cuerpo, acuchillado a puñaladas por su verdugo, decía con qué encarnizamiento había disputado una vida que Henri le hacía tan querida. Yacía en el suelo, y había, al morir, mordido los músculos del empeine de madame de San-Réal, que guardaba en la mano su puñal empapado de sangre. La marquesa tenía los cabellos arrancados, estaba cubierta de mordiscos, varios de los cuales sangraban, y su vestido desgarrado la dejaba ver medio desnuda, con los pechos arañados. Estaba sublime así. Su cabeza ávida y furiosa respiraba el olor de la sangre. Su boca jadeante permanecía entreabierta, y sus fosas nasales no bastaban a sus aspiraciones. Ciertos animales, enfurecidos, se abalanzan sobre su enemigo, lo matan, y, tranquilos en su victoria, parecen haberlo olvidado todo. Hay otros que giran alrededor de su víctima, que la guardan temiendo que se la vengan a quitar, y que, semejantes al Aquiles de

Homero, dan nueve vueltas a Troya arrastrando a su enemigo por los pies. Así era la marquesa. No vio a Henri. Primero, se sabía demasiado sola para temer testigos; luego, estaba demasiado embriagada de sangre caliente, demasiado animada por la lucha, demasiado exaltada para percibir París entero, si París hubiera formado un circo a su alrededor. No habría sentido el rayo. Ni siquiera había oído el último suspiro de Paquita, y creía que aún podía ser escuchada por la muerta.

—¡Muere sin confesión! —le decía—. ¡Vete al infierno, monstruo de ingratitud; no seas ya de nadie más que del demonio! ¡Por la sangre que le has dado, me debes toda la tuya! ¡Muere, muere, sufre mil muertes, he sido demasiado buena, no he tardado más que un momento en matarte, habría querido hacerte experimentar todos los dolores que me legas! ¡Yo viviré! ¡Viviré desdichada, estoy reducida a no amar más que a Dios!

La contempló.

—¡Está muerta! —se dijo tras una pausa, haciendo un violento retorno sobre sí misma—. ¡Muerta, ah! ¡Moriré de dolor!

La marquesa quiso arrojarse sobre el diván, abrumada por una desesperación que le quitaba la voz, y este movimiento le permitió entonces ver a Henri de Marsay.

—¿Quién eres tú? —le dijo corriendo hacia él con el puñal levantado.

Henri le detuvo el brazo, y pudieron así contemplarse ambos cara a cara. Una sorpresa horrible les hizo correr a ambos una sangre helada por las venas, y temblaron sobre sus piernas como caballos asustados. En efecto, dos Menecmos no se habrían parecido mejor. Dijeron juntos la misma palabra: —¿Lord Dudley debe de ser vuestro padre?

Cada uno de ellos bajó la cabeza afirmativamente.

—Era fiel a la sangre —dijo Henri señalando a Paquita.

—Era tan poco culpable como es posible —replicó Margarita-Euphémia Porrabéril, que se arrojó sobre el cuerpo de Paquita lanzando un grito de desesperación—. ¡Pobre chica! ¡Oh, quisiera reanimarte! ¡Me equivoqué, perdóname, Paquita! ¡Tú estás muerta, y yo vivo! Soy la más desdichada.

En ese momento apareció la horrible figura de la madre de Paquita.

—Vas a decirme que no me la habías vendido para que la matara —exclamó la marquesa—. Sé por qué sales de tu guarida. Te la pagaré dos veces. Cállate.

Fue a tomar un saco de oro del mueble de ébano y lo arrojó desdeñosamente a los pies de esa vieja. El sonido del oro tuvo el poder de dibujar una sonrisa en la inmóvil fisonomía de la georgiana.

—Llego a tiempo para ti, hermana mía —dijo Henri—. La justicia va a pedirte...

—Nada —respondió la marquesa—. Una sola persona podía pedir cuentas de esta chica. Christemio ha muerto.

—Y esta madre —preguntó Henri señalando a la vieja—, ¿no te chantajeará siempre?

—Es de un país donde las mujeres no son seres, sino cosas de las que se hace lo que se quiere, que se venden, que se compran, que se matan, en fin, de las que se sirve para los caprichos, como vosotros os servís aquí de vuestros muebles. Además, tiene una pasión que hace capitular a todas las demás, y que habría aniquilado su amor maternal, si hubiera amado a su hija; una pasión...

—¿Cuál? —dijo vivamente Henri interrumpiendo a su hermana.

—¡El juego, del que Dios te guarde! —respondió la marquesa.

—Pero, ¿quién te va a ayudar —dijo Henri señalando a la Muchacha de los ojos de oro— a borrar las huellas de esta fantasía, que la justicia no te perdonaría?

—Tengo a su madre —respondió la marquesa, señalando a la vieja georgiana a la que hizo una seña para que se quedara.

—Nos volveremos a ver —dijo Henri, que pensaba en la inquietud de sus amigos y sentía la necesidad de partir.

—No, hermano mío —dijo ella—, no nos volveremos a ver jamás. Regreso a España para entrar en el convento de los Dolores.

—Todavía eres demasiado joven, demasiado bella —dijo Henri tomándola en sus brazos y dándole un beso.

—Adiós —dijo ella—, nada consuela de haber perdido lo que nos ha parecido ser el infinito.

Ocho días después, Paul de Manerville encontró a de Marsay en las Tullerías, en la terraza de los Feuillants.

—Y bien, ¿qué ha sido de nuestra bella muchacha de los ojos de oro, gran canalla?

—Ha muerto.

—¿De qué?

—Del pecho.

París, marzo de 1834 – abril de 1835.

FIN

1. [La muchacha de los ojos de oro - Honoré de Balzac](#)
2. [La muchacha de los ojos de oro](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB